ESTUDIOS CLÁSICOS

ANEJO DE

bordón

ESTUDIOS CLASICOS

ANEJO DE

BORDON

PUBLICADO POR EL INSTITUTO «SAN JOSÉ DE CALASANZ» DE PEDAGOGÍA

AÑO I — DICIEMBRE DE 1950 — NÚM. 1

COMITE DE REDACCION: JULIO CALONGE, MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO, ANTONIO FONTÁN, EDUARDO GARCÍA DE DIEGO, ANTONIO MAGARIÑOS, FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS Y EDUARDO VALENTÍ.

SUMARIO

Págs.

FERNÁNDEZ-GALIANO, M., *Veinte años de crítica textual de la Biblia griega* (continuará) ... 3

RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *Observaciones sobre el aspecto verbal*... 11

VALENTÍ FIOL, E., *La traducción en la metodología del latín*... ... 26

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA:

MARÍN Y PEÑA, M., *Bibliografía de las obras menores de Tácito*. 36

SÁNCHEZ RUIPÉREZ, M., *Orientación bibliográfica sobre los orígenes de la tragedia griega*... ... 43

INFORMACIÓN CIENTÍFICA ... 52

HOMERO, *Odisea* (Canto V), traducción de J. M. PABÓN (en suplemento encuadernado separadamente).

ESTUDIOS CLÁSICOS publicará tres números al año (febrero, mayo y noviembre), que formarán en conjunto un volumen aproximado de doscientas páginas

Precios de suscripción:

Juntamente con la revista BORDON ..... *90 pts. anuales*
ESTUDIOS CLASICOS solamente ..... *35 pts anuales*
Número suelto ..... *15 pts.*

REDACCIÓN: SERRANO, 127 — MADRID

Tal vez el fin tras del que más ilusionadamente andan las Reuniones de Estudios Pedagógicos, que el Instituto "San José de Calasanz" organiza en la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo", es el de recoger, y hacer cuajar en doctrina y normas de acción, la preocupación pedagógica que existe en muchos Profesores de Enseñanza Media.

Algunas publicaciones del Instituto "San José de Calasanz" y colaboraciones esporádicas en su Revista son muestras claras de la interesante aportación de la Enseñanza Media a los problemas pedagógicos. Ahora se nos ofrece con ESTUDIOS CLÁSICOS *algo más que un ocasional trabajo de mayor o menor mérito, puesto que pretende ser una publicación que periódicamente ofrezca y pida colaboración a todos cuantos se interesan por los problemas pedagógicos que se ponen en danza a través de la enseñanza de las lenguas clásicas.*

Comienza ESTUDIOS CLÁSICOS *por ser un anejo de "Bordón" y este nacimiento determina las notas esenciales de la publicación que hoy empieza. Sus iniciadores son en su mayoría profesores de Enseñanza Media, lo cual vale tanto como decir que sirven su vocación científica a través de la docencia. De aquí que* ESTUDIOS CLÁSICOS *no sea una Revista de investigación; la Filología o la Lingüística tienen su lugar claro en otras entidades y publicaciones; en ésta se tratarán los temas clásicos en cuanto contenido de enseñanza o medio de educación. Si por su contenido material* ESTUDIOS CLÁSICOS *es una publicación de temas griegos o latinos, en su aspecto formal es claramente una publicación de tipo pedagógico; esta es la razón de que su nacimiento se realice a la sombra de "Bordón", Revista de la Sociedad Española de Pedagogía.*

Y así como "Bordón" aspira a ser, con la evocación deliciosa de su título, apoyo y arrimo de los que se dedican a la función docente y educativa, ESTUDIOS CLÁSICOS *ambiciona representar bien el papel, modesto y entrañable, de ayudar a los que diariamente se ocupan de formar almas juveniles a través de las traducciones y composiciones griegas o latinas.*

Sin más mérito por mi parte que el de haber recogido, con toda cordialidad, eso sí, las iniciativas de un magnífico grupo de Profesores de latín y griego, no puedo terminar esta presentación sin aludir a una esperanza que desborda la mera enseñanza clásica: la de que esta publicación que hoy comienza despierte la emulación de los Profesores de otras materias y la que empezó siendo una Revista subsidiaria y limitada a un grupo de asignaturas, se convierta en una publicación independiente y amplia que abarque toda la riquísima problemática de la Enseñanza Media.

VÍCTOR GARCÍA HOZ

Director del Instituto "San José de Calasanz", de Pedagogía.

VEINTE AÑOS DE CRITICA TEXTUAL DE LA BIBLIA GRIEGA*

Las líneas siguientes pretenden ofrecer por primera vez al público español un panorama general—aunque no completo en sus pormenores—de los sensacionales descubrimentos que, a lo largo de los veinte últimos años, han venido produciéndose en el campo de la crítica textual de la Biblia griega. Estamos seguros de que si, incluso en un circulo de personas relativamente cultas, fuéramos preguntando a cada una de ellas cuál es el sector de la investigación filológicohistórica que se halla, en la época actual, más viva y apasionadamente agitado por incesantes y revolucionarios hallazgos con los que se abren infinitas perspectivas a los trabajadores del mañana, pocos serían quienes hiciesen referencia a la rama de los estudios bíblicos, a la que de siempre se tuvo por apaciblemente asentada sobre vetustos y polvorientos principios, testimonios y medios de trabajo. Y sin embargo, no es así.

(*) Aunque en ningún caso pretendemos dar una bibliografía completa, señalaremos en cada momento lo más útil o accesible, comenzando aquí por las obras del gran papirólogo inglés Sir Frederic G. Kenyon, Director que fué del British Museum, que constituyen una guía insustituíble: *Recent Developments in the Textual Criticism of the Greek Bible*, Londres, 1933; *Our Bible and the Ancient Manuscripts*, Londres, 1939[4]; *The Bible and Modern Scholarship*, Londres, 1948; *The Text of the Greek Bible*, Londres, 1949[2]. También hemos utilizado, por lo que toca al N. T., los artículos de Collomp, *Chron. Ég.*, XII, 1937, 243-57, y Metzger, *Bibl. Arch.*, X, 1947, 26-44 y *Exp. Times*, LIX, 1947, 80-1. El 27 de septiembre de 1949, en el curso de la X Semana Bíblica, don Ramón Roca leyó una comunicación sobre *Aplicación a la exégesis bíblica de algunas de las investigaciones realizadas en los últimos cincuenta años en la Papirología.*

Los descubrimientos de estos dos decenios, que en líneas generales, de manera objetiva y según una sucesión más o menos cronológica, vamos a exponer, han venido a replantear cuestiones que se creían ya resueltas y otras a las que nuestros antecesores no pudieron, faltos de información, dar respuesta veraz o definitiva. Aguarda, pues, un risueño porvenir a los amantes de estas materias, cuyo número resulta ciertamente escaso si se tiene en cuenta la importancia, magnitud y dificultad de los problemas cuya resolución les incumbe. Mucho celebraríamos que esta sencilla noticia sirviese para dirigir la atención de algún estudioso hacia temas tan trascendentales, que de ellos puede depender nada menos que la recta interpretación de lugares controvertidos o la aclaración de puntos dudosos en las versiones o en el propio original de nuestros textos sagrados.

En *The Times* del 19 de noviembre de 1931 se dió a conocer al mundo la existencia de un grupo de papiros, adquiridos el año anterior por Mr. A. Chester Beatty, que constituían el más importante hallazgo de manuscritos bíblicos de que se haya tenido noticia en el presente siglo. No quiere esto decir que no se contara desde hace ya bastante tiempo con una importante serie de papiros del Antiguo y Nuevo Testamento griegos, entre los que descollaban el berlinés del *Génesis* (911 de la lista oficial; siglo IV), el londinense de los *Salmos* (U, del VII; es el primer papiro que nos aportó textos bíblicos), el de los Profetas menores de Heidelberg (919, del VII), el de los *Salmos* de Leipzig (2013, del IV), el de la colección washingtoniana de Freer, que contiene también los Profetas menores (X, del III), el de Michigan en que se conservan unos versículos de los *Actos* (P^{38}, del IV), etcétera. Como puede verse, ninguno de estos testimonios se remonta más allá de los últimos años del siglo III, de modo que los papiros conocidos hasta el 1931 no aportaban extraordinarios adelantos con respecto a los textos atestiguados por los grandes y célebres códices unciales en pergamino, entre los que, al grupo selectísimo del Sinaítico (S,

del IV). Vaticano (B, del IV) y Alejandrino (A, de principios del V), sigue una nutrida colección de testimonios antiguos y bien conservados: *Codex Ephraemi* (C, del V), Sarraviano-Colbertino (G, del V), Marchaliano (Q, del VI, con los Profetas), Washingtonianos de la col. Freer (Θ, del VI, con *Deuteronomio* y *Josué*; 1219, del VI/VII, con los *Salmos*; I, del VII, con las Epístolas paulinas; W, del IV/V, con los Evangelios), *Codex Bezae* (D, del V, con los Evangelios y *Actos*), etc.

En cambio, los nuevos documentos, además de ser bastante extensos y hallarse, en algunas partes, casi intactos, procedían de fechas que se escalonan entre la mitad del siglo II y los fines del IV. Era, pues, natural que se esperase de ellos importantes revelaciones concernientes al texto primitivo del N. T. y de los Setenta, que varios siglos de crítica vienen intentando rastrear a través de la intrincada maraña de las recensiones.

Y, en efecto, los papiros han sido bien explícitos, aunque su testimonio no ha resultado del todo conforme con lo que generalmente se esperaba: en el N. T. han proporcionado interesantes datos sobre el reparto en familias de los códices conocidos; en los Setenta, los nuevos hechos pueden dar luz sobre las relaciones existentes entre la tradición textual de los distintos libros y el original hebreo; y, en general, se ha comprobado que los textos prehexaplares o prerrecensionales no difieren tanto como se creía de los ya afectados por un tratamiento filológico. En otras palabras, muchos elementos que podrían parecer dudosos en los códices del VI aparecen ya en manuscritos forzosamente puros, lo cual, sobre todo en los Setenta, no contribuye a simplificar los difíciles problemas.

Por otra parte, los manuscritos Chester Beatty han contribuído a arrinconar definitivamente la teoría tradicional con respecto al uso del rollo de papiro, que hasta principios del siglo IV—se decía—no fué sustituído por el códice de pergamino del tipo de S o B. Hoy estamos seguros de que ya en el siglo II era empleado, al menos en Egipto, el códice pa-

piráceo, cuyo uso parece que estuvo preferentemente arraigado entre los cristianos, pues la literatura pagana conserva el rollo hasta bien entrado el III.

A continuación daremos una sinopsis total del hallazgo con la bibliografía más indispensable. Los distintos códices de que se componía el lote han sido editados de forma irreprochable en la serie *The Chester Beatty Biblical Papyri* (dividida en los fascículos que luego expondremos) por el citado profesor Kenyon; algunos fragmentos de dichos códices habían sido adquiridos por diversos particulares o entidades de Ann Arbor (Michigan, U. S. A.), Princeton y Viena. Existía, pues, el peligro de que, por falta de colaboración entre los poseedores de los papiros, éstos fueran publicados de forma incompleta o deficiente. Por fortuna, no ha sido tal el caso; antes bien, hoy día, terminada ya en lo esencial la edición de los nuevos textos, disponemos de una colección de obras en que las distintas partes de cada códice aparecen reunidas de modo armónico y coherente.

Sobre el total de los códices, cfr. Kenyon, *I. General Introduction*, Londres, 1933.

El primero de los manuscritos corresponde a la primera mitad del siglo III, y comprende, aproximadamente, una séptima parte de los Evangelios y *Actos*. En general, como los demás papiros Ch. B., no aporta grandes novedades, sino que confirma la relativa pureza de los mss. ya anteriormente conocidos. Contra lo que podría esperarse—pues se creía en el predominio de un texto como el de B en el Egipto de aquel siglo—, su texto no resulta afín al tipo «neutral» (H de von Soden), pero tampoco a ninguna de las otras familias de Westcott y Hort (Occidental y Siria, I y K de von Soden). En S. Marcos coincide más bien con el grupo cesariense, descubierto por Streeter; y seguramente ocurrirá lo mismo en S. Lucas y S. Juan, peor estudiados en ese aspecto. En los *Actos* es más bien neutral, es decir, va con los cuatro grandes unciales S, A, B y C.

I (P^{45}): *Mt.* XX 24-XXVI 33 (en este caso, como en todos, indicamos el primero y el último versículo conservados total o parcialmente, pero debe entenderse que siempre hay lagunas, a veces muy grandes); íd. XXV 41-XXVI 39 (en el Pap. Vind. 31974); *Mc.* IV 36-XII 28; *Lc.* VI 31-XIV 33; *Jn.* X 7-XI 57; *Ac.* IV 27-XVII 17. Ediciones del texto: Kenyon, *II. Text*, 1933 (el pap. Beatty) y Gerstinger, *Aeg.* XIII, 1933, 67-72 (el pap. de Viena). Fotografías: Kenyon, *II. Plates*, 1933 (el pap. Beatty).

Nuestro compatriota Ayuso (*Est. Bíbl.* VI, 1934, 268-81 y *Bibl.* XVI, 1935, 369-415) ha llamado la atención sobre el hecho, ya indicado por Lake, de que el llamado texto cesariense fué probablemente utilizado por Orígenes en Egipto, antes de trasladarse a Cesarea; el nuevo papiro confirma esta hipótesis, y así, la familia, procedente del Egipto central, no debe llamarse cesariense, según Ayuso, sino «precesariense» (denominación hoy día admitida ya por muchos). También indica una subdivisión de dicha familia: en el primer grupo, más importante por ser prerrecensional, figura P^{45} con W y otros frente al *Codex Koridethianus* (Θ), 565, 700, etc. La familia precesariense, y más concretamente este primer grupo, debe ser considerada como sumamente importante en el orden textual.

También a los principios del siglo III se remonta el códice en que hallamos gran parte de las Epístolas paulinas. Como puede verse abajo, el papiro no contenía las pastorales (*I-II Tim.*, *Tit.*, *Flm.*); *II Tes.* se ha perdido en su integridad; *Heb.* aparece en segundo lugar (y no al final, como ordinariamente), lo cual, o bien indica el alto aprecio en que era tenida por la iglesia oriental, o se debe a que las epístolas están dispuestas en orden decreciente de extensión; *Gál.* sigue a *Ef.*, al revés que en los demás manuscritos; y la doxología de *Rom.* XVI 25-7 aparece, de manera insólita, al final de XV. Su posición textual es dudosa: desde luego, se acerca más al grupo neutral que al occidental del tipo de D. También se observa cierta afinidad con 1319 y otros del subgrupo «occidental» I^{a3} de von Soden. ¿Podría ser—se pregunta el P. Bover en la introducción que más allá citamos—que se descubrieran características cesarienses en el mencionado subgrupo?

II (P^{46}; repartido entre la col. Beatty y la Univ. de Michigan): *Rom.*, *Heb.*, *I-II Cor.*, *Ef.*, *Gál.*, *Flp.*, *Col.* y *I Tes.* (menos *Rom.* I 1-V 17 y VI 14-VIII 15 y *I Tes.* II 3-V 4). Ed.: Kenyon, *III. Text*, 1934 (10 hojas); Sanders, *A Third-Century Papyrus Codex of the Epistles of Paul*, Ann Arbor, 1935 (40 hojas); Kenyon, *III. Text. Supplement*, 1936 (86 hojas). Fot.: Kenyon, *III. Plates. Pauline Epistles*, 1937 (todo).

Citaremos también el artículo del P. Bover en *Est. Bibl.*, V, 1946, 95-9: en *II Cor.* I 17, P^{46} confirma una buena lección de la Vulgata y de un códice neutral.

Algo más tardío (fines del III) es el códice que conserva una tercera parte del *Apocalipsis*. Se trata, según el P. Bover, de un texto, al parecer prerrecensional y probablemente precesariense, que presenta notable afinidad, sobre todo, con S y 1841.

III (P^{47}): *Ap.* IX 10-XVII 2. Ed.: Kenyon, *III. Text* (cfr. supra). Fot.: Id., *III. Plates. Revelation*, 1936.

Cfr. Bover, *Est. Ecles.* XVIII, 1944, 165-85.

Sobre los papiros Ch. B. del N. T. hay una inmensa bibliografía, que puede verse parcialmente citada en el primero de los mencionados artículos de Ayuso. Cfr. la introducción de la *Novi Testamenti Biblia Graeca et Latina* ed. por el P. Bover, Madrid, 1950², y Lagrange, *Critique textuelle*, II, París, 1935, 652-7.

El *Génesis* está muy representado en la colección, lo cual constituye una circunstancia muy feliz, pues precisamente este libro está incompleto en los fundamentales B y S. Los papiros 961 y 962, de los siglos IV y III, respectivamente, resultan ser muy afines entre sí, de modo que puede suponerse un arquetipo común a ambos de hacia el año 200. También muestran afinidad con respecto a 911 y, en cambio, difieren mucho de A. El 962 resulta interesante por su escritura no literaria, distinta de la de todos los demás números de la colección. En conjunto, el no haber nada sensacional en ninguno de los dos códices dice mucho en pro del *textus receptus*.

IV (961): *Gén.* IX 1-XLIV 22. Ed.: Kenyon, *IV. Text*, 1934. Fot.: Id., *IV. Plates. Pap. IV*, 1935. V (962): *Gén.*

VIII 13-XLVI 33. Ed.: Kenyon, *IV. Text* (cfr. supra). Fot.: *IV. Plates. Pap. V*, 1936.

Otro códice, atrozmente despedazado por los mercaderes, conserva muy fragmentariamente *Núm.* y *Dt.* Resulta notable por su gran antigüedad: según la opinión, quizá algo optimista, de Kenyon, procede de la primera mitad del II, con lo que fué, hasta la aparición de Pap. Egerton 2, 957 y Pap. Fouad 266 (cfr. infra), el más antiguo papiro bíblico, y aun hoy puede disputarse con el primero de ellos y con P[52] (íd.) el honor de ser el más vetusto fragmento de códice que ha llegado a nosotros. Lo más saliente, en cuanto al texto, es que, a pesar de que el escriba es el mismo en los dos libros, el texto de *Núm.* y el de *Dt.* son de diferente índole (el primero resulta bastante afín a B y 509, mientras que el segundo se parece más bien al hexaplar G, a Θ y, en menor grado, a A; cfr. también lo que abajo decimos de 957); ello indica que el copista tomó el texto de su códice de dos rollos de distinto carácter.

VI (963; repartido entre la col. Beatty y la Univ. de Michigan, que posee *Dt.* XI 17-XXXII 29): *Núm.* V 12-XXXVI 13 y *Dt.* I 20-XXXIV 12. Ed.: Kenyon, *V. Text*, 1935 (todo). Fot.: Id., *V. Plates* (en preparación; todo).

Cfr., sobre 961-3, Allgeier, *Die Chester Beatty-Papyri zum Pentateuch*, Paderborn, 1938, que deduce de las muchas lecciones singulares del *Dt.* una posible revisión conducente a acercar su texto al del original hebreo.

Gran parte de *Isaías* se conserva en un códice de la primera mitad del III, con interesantes glosas marginales en copto fayúmico (que estudia Crum en un capítulo de la edición de Kenyon). El papiro presenta un buen texto, afín a los demás testigos del grupo alejandrino: A, Q, S y el palimpsesto de Grottaferrata (393; B es aquí hexaplar).

VII (965; algunos fragmentos fueron cedidos a la col. Beatty por la Univ. de Michigan): *Is.* VIII 18-LX 22; *Is.* XVII 5-12 y LIV 14-LV 7 (en el Pap. Merton 2). Ed.: Kenyon, *VI. Text*, 1937 (todo); Bell y Roberts, *A Descriptive Ca-*

talogue of the Greek Papyri in the Collection of Wilfred Merton F. S. A., Londres, 1948, 6-12 (el pap. Merton). Fot.: Kenyon, *VI. Plates* (en preparación; todo); Bell y Roberts *o. c.* (el pap. Merton).

Cfr. Ziegler, *Untersuchungen zur Septuaginta des Buches Isaias*, Münster, 1934, y su ed. de *Isaías*, Gotinga, 1939.

El fragmento de *Jeremías* (de fines del II o principios del III) es pequeño y poco interesante; el texto se acerca más bien al de Q.

VIII (966): *Jer.* IV 30-V 24. Ed.: Kenyon, *VI. Text* (cfr. supra). Fot.: Id., *VI. Plates* (id.).

Con los números IX-X fueron designadas, en un principio, las hojas que contenían *Ezequiel-Ester* y *Daniel*, respectivamente. Al ser adquiridas después otras hojas de *Ez.* por la Universidad de Princeton, se llegó a la conclusión de que se trataba de un solo códice en que pusieron mano, en la primera mitad del III o poco antes, dos escribas: el primero copió el texto de *Ez.*, y el segundo, el de *Dan.* y *Est.*

El texto de *Ez.*, al revés que el de *Is.* citado, muestra afinidad con respecto a B, al que apoya en la aportación de muchas buenas lecciones prehexaplares. También se parece a 393 y Q. Es importante asimismo el hecho de que, como en el mencionado caso del *Dt.*, parece que ha habido una corrección basada en el texto hebreo. El papiro viene a poner un poco en duda la vieja teoría de Thackeray (*Journ. Theol. Stud.*, IV, 1903, 398-411) sobre la colaboración de tres traductores en el *Ez.* de los Setenta.

MANUEL F. GALIANO

(Continuará)

OBSERVACIONES SOBRE EL ASPECTO VERBAL

La publicación del tomo II, relativo a la Sintaxis, de la gran Gramática Griega de Schwyzer (Munich, 1950) puede significar, por la copiosa información y bibliografía que encierra, un buen punto de partida para nuevos estudios en varios terrenos dentro del campo de la sintaxis. Se me ocurre aquí hacer algunas observaciones respecto al debatido tema del aspecto verbal. Schwyzer nos da reunidos muchos datos y aporta algunas interpretaciones nuevas respecto al punto en que habían dejado la cuestión los tratados generales anteriores: p. ej., la *Griechische Grammatik* de Brugmann-Thumb, las *Vorlesungen über Syntax* de Wackernagel o la *Syntaxe Grecque* de Humbert. Y, sin embargo, el mismo Schwyzer no utiliza, aunque los menciona, trabajos recientes que aportan nuevos e interesantes puntos de vista, dignos al menos de discusión: los *Études d'aspect* de Jens Holt (Copenhague, 1943) y el artículo de Brunel titulado *L'aspect et l'«ordre de procès» en grec* (*Bull. Soc. Ling.*, XLII, págs. 43 sgs.). Vamos, pues, a hacer algunas indicaciones sobre el nuevo horizonte que presenta el problema del aspecto después de Schwyzer y de estos trabajos, convenientemente discutidos. El griego es la lengua de que hay que partir en todo estudio de aspecto, aunque las consecuencias rebasan esta lengua, y, por otra parte, a veces hay que acudir al método comparativo.

Resumamos primero brevemente el estado en que habían dejado el problema del aspecto las obras primeramente citadas y los estudios en que se basan.

El descubrimiento de los valores de aspecto, ya entrevis-

tos por los estoicos, se debió a la observación de que los temas temporales del griego, y en menor medida de otras lenguas, tenían a veces valores distintos de los temporales. Así, aquellos cuya existencia demostraba la oposición no temporal del presente y aoristo fuera del indicativo; o bien, la coexistencia de varias formas para indicar el pasado (imperfecto, aoristo, pluscuamperfecto, a veces perfecto), formas que tenían que distinguirse por factores no temporales; o la coexistencia también de varias formas para el presente (presente, perfecto, y dentro del presente diversas formaciones que debieron de tener, y en muchos casos conservan, valores peculiares no temporales; cf. ἔχω / ἴσχω, πεύθομαι / πυνθάνομαι etcétera); o, finalmente, la oposición de matiz visible muchas veces entre simple y compuesto, aunque este hecho fué desatendido primeramente. Precisamente fué la comparación del estado de cosas griego (de la oposición aoristo/presente sobre todo), con la oposición de aspecto que, convertida en un sistema con valor gramatical, existe entre el simple y el compuesto en las lenguas eslavas, lo que acabó de introducir un nuevo punto de vista en el estudio del sistema verbal del griego y de las demás lenguas indoeuropeas. Se observó que en estas lenguas el verbo simple solía tener un valor imperfectivo, esto es, que designaba una acción en su desarrollo sin atención al fin; mientras que el compuesto tenía valor perfectivo, esto es, que el que habla se interesa principalmente por la conclusión de la acción. El preverbio puede conservar su sentido propio o quedar reducido a un simple útil gramatical para lograr la perfectivización.

Inmediatamente se estableció una conexión entre la oposición griega aoristo/presente —el hecho más llamativo dentro del sistema del aspecto griego— y la oposición eslava perfectivo/imperfectivo. Se equiparó el aoristo al perfectivo y el presente al imperfectivo. Ya G. Curtius alcanzó este estadio a mediados del siglo pasado, y en realidad no es demasiado lo que se ha avanzado después de él. En sustancia se continúa considerando esencial la oposición presente/ao-

risto; ambos a la vez se oponen al perfecto (Meillet, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, p. 37), que resulta un tanto incómodo: su valor originario es el de estado presente resultado de una acción pasada, pero causa confusión la existencia de un perfecto «intensivo» (κέκραγα «grito», λέλαμπε «brilla») y la creación posterior del resultativo.

Sin embargo, la posición ambigua del perfecto hacía que el sistema del aspecto griego no quedara claro del todo; y, por otra parte, no se lograba equiparar definitivamente los pares imperfectivo/perfectivo y presente/aoristo. En efecto, la oposición imperfectivo/perfectivo se concebía como la de acción sin consideración de término/acción con consideración de término, y la de presente/aoristo como la de acción durativa o cursiva/acción puntual. Si se quiere hacer equiparables los dos pares (y no hay *a priori* necesidad de que ello sea posible), hay dos caminos. El uno es definir el par imperfectivo/perfectivo de una manera semejante al presente/aoristo. Esto es lo que hizo Meillet en sus *Études sur l'étymologie et le vocabulaire du vieux slave* (I, p. 99 siguientes); afirmó que el perfectivo designaba la acción pura y simple sin consideración de duración y el imperfectivo la acción considerada en su duración. Definiciones semejantes se han dado a veces para el aoristo e imperfecto griegos, aunque difieran de las dadas arriba y sean discutibles (al igual que aquéllas, por lo demás). Pero, sobre todo, estas definiciones han sido rechazadas por los eslavistas.

El otro camino es el acertado y a él ha llegado Schwyzer al calificar al presente griego (y al perfecto, en lo que ya no concuerdo) de infectivo, y al aoristo de confectivo, denominaciones las dos equivalentes a las de imperfectivo y perfectivo y destinadas a salvar la incómoda homonimia con el imperfecto y perfecto. En suma: el presente indica el proceso que no ha llegado a su término y el aoristo el término del proceso.

Vamos a profundizar ahora en estas definiciones, indicando los problemas que resuelven en lo que toca al aoristo y

los que plantean en lo relativo al presente. El aoristo, como se sabe, tiene fundamentalmente un uso puntual, que se despliega en un ingresivo (νοσῆσαι «enfermar»), un momentáneo (ἀποθανεῖν «morir») y un terminativo (κυθέσθαι «enterarse»); y otro complexivo (de acción pura y simple): ἐβασίλευσε τριάκοντα ἔτη «reinó treinta años», sin matiz especial. De aquí que haya tanta confusión en su definición. En general se le define como un puntual (p. ej., Delbrück, *Grundriss*, IV, p. 14; Brugmann-Thumb, Meillet); pero el complexivo hace insostenible esta definición. Decir que el complexivo es una forma subjetiva de reducir imaginativamente la acción a un punto, es más bien una manera de salir del paso. Por ello ocurre que se ha pensado también (ya lo vimos antes) en definir el aoristo como enunciando un hecho puro y simple, sin atender a la duración de la acción (Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*[8], p. 249; Delbrück, *Altindische Syntax;* Humbert, *Syntaxe grecque*, p. 111). No se suele ver que ambas definiciones son incompatibles, aunque Meillet en el pasaje citado opone al aoristo griego «de acción pura y simple» el armenio, que designa la acción que acaba en un término definido. Pero, sobre todo, la existencia del primer grupo de sentidos del aoristo griego hace poco precisa esta definición. Sólo la definición del aoristo como un «confectivo» engloba y explica todos los usos, puntuales y no puntuales, sea el complexivo una debilitación del uso propiamente confectivo o éste una precisión de un uso anterior puramente preterital (cf. Schwyzer, p. 261).

Al llegar aquí tenemos que el sistema del aspecto griego se basa en una oposición presente/aoristo equivalente, con procedimientos morfológicos distintos, a la oposición eslava de imperfectivo/perfectivo. Aparte de la posición en el sistema del perfecto griego, surgen aquí algunas dudas. El presente griego designaría, según la definición que aceptamos, una acción que no llega a su término; pero, por otra parte, hay presentes con preverbio o con determinados sufi-

jos que, como veremos, tienen también un sentido semejante al perfectivo eslavo (o aoristo griego). Tenemos, pues, presentes con valor de aoristos (la distinción de Delbrück entre el aoristo «puntual» y el presente con sufijos «terminativo» no nos es ya útil). Esto complica el sistema.

Con esto paso a hablar, como había anunciado antes, de la relación con el aspecto de los distintos temas de presente. Hay algunos de éstos cuyo valor especial es clarísimo: así los desiderativos, intensivos y causativos del ai., categorías algunas de las cuales tienen correspondencia (o equivalencia) en griego; esto es, los llamados deverbativos, que morfológicamente no representan un caso especial. En otros temas de presente se ha querido hallar rastros de aspecto característicos: así, los en -σκω eran generalmente terminativos; los en -**yeḷo*, cursivos; los reduplicados, iterativos; etcétera, según Delbrück, *Grundriss*, IV, pp. 16-64; Brugmann-Thumb[4], p. 542-3 (pero en contra Brugmann, *Kurze Vergl. Gram. der idg. Sprachen*, p. 494, y *Grundriss*[2], II, 3, 2, p. 716). La escuela francesa (Meillet, Vendryes, Chantraine, Prévot) fué más lejos, intentando en varios trabajos oponer un aspecto «determinado» («dont le terme est envisagé») de los temas con sufijo e infijo nasal y con sufijo en oclusiva, al «indeterminado» de los temas sin estos aditamentos. Se ha discutido el acierto de la terminología y algunos hechos; pero queda bastante de cierto, y el «determinado» viene a equivaler, *grosso modo*, a un terminativo. Y aquí vienen las dificultades. El intento de Delbrück de distinguir entre aspecto puntual y aspecto terminativo ha fracasado, a pesar de seguir su espíritu Brunel. Entonces, ¿en qué consiste la distinción de estos presentes del aoristo? O, ¿cómo tantos presentes con valor aorístico? Aparte de la negación de un aspecto especial en los temas de presente, se vió una solución: Jacobsohn (*Gnomon*, II, p. 379 sigs.), y Hermann (*Indog. Forsch.*, XLV, p. 207 sigs.), entre otros, y tras ellos Brunel, en el artículo citado, distinguieron un aspecto subjetivo, visible sobre todo en la oposición presente/

aoristo y al que llamaron «Aspekt» (fr. «aspect»), y uno objetivo, que sería el que ahora tratamos, y que denominan «Aktionsart» (fr. «ordre de procès», en la traducción de Brunel). Se trataría en un caso de una apreciación subjetiva de los hechos; en el otro, de un estado de cosas objetivamente distinto. Creo que, en efecto, en el aspecto flexional predomina lo subjetivo y en el derivativo lo objetivo, para usar la terminología de Holt (1); pero que en el primero hay usos objetivos lo demuestra sin más el hecho de que se haya llegado a hablar de un aoristo objetivo (el no complexivo), que, por cierto, no siempre lo es; y matices como los estudiados por Meillet, etc., son a veces claramente subjetivos. No puedo discutir aquí en detalle el procedimiento usado por Brunel para distinguir lo objetivo de lo subjetivo; su sola necesidad prueba lo borroso de la distinción. Parte del axioma de que dos formas iguales u objetivamente equivalentes no pueden aparecer dos veces en el mismo contexto y circunstancias, aunque difieran subjetivamente. Observaré que no aplica sistemáticamente este criterio a los presentes derivados, ni en realidad a ningún caso.

En una línea semejante, pero con mayor acierto, Holt dice que el aspecto derivativo se basa en una cualidad interior (intensidad, duración, etc.) del proceso (cf. ἔχω/ἴσχω y casos semejantes), y el flexional en una exterior (delimitación del proceso por relación a otro proceso). Esto hace resaltar muy acertadamente la gramaticalización del aspecto flexional y la perduración de lo concreto (u objetivo, si se quiere) en el derivativo. Pero en este último también Holt procede solamente por ejemplos; a pesar de todo, el aspecto determinado o terminativo no se puede eliminar a la ligera, como él cree, por el hecho de que el

(1) Con aspecto «flexional» se indica el de los distintos temas «temporales» (presente, aoristo, perfecto); con «derivativo» el de los distintos temas de presente.

aspecto derivativo se combina sólo con el presente. Hay que partir de los hechos y no de las teorías. Y los hechos son que la diversidad de los temas de presente ha de interpretarse desde el punto de vista del sentido, ya como indicando características internas, concretas, de la acción, ya como oponiendo un terminativo (confectivo) al infectivo de los temas menos caracterizados. Ahora bien: el paso de valores concretos de intensidad de la acción al aspectual terminativo (realización de la acción) es muy fácil, y sin duda ha tenido lugar históricamente. Quede para luego estudiar cómo se compagina la oposición infectivo/confectivo existente entre el presente y el aoristo y la de la misma naturaleza que existe dentro de los temas de presente, aunque sea mezclada con varios elementos.

En suma, los trabajos que critico, con su exageración han abierto el camino para una posición como la de Schwyzer expuesta brevemente (p. 261): en los distintos temas de presente nos encontramos ya con «características objetivas», ya con diversas perífrasis o simples procedimientos para formar denominativos, ya con valor de aspecto, que es lo secundario. Precisamente este carácter secundario del aspecto es lo que voy a tratar más adelante: quede aquí la coexistencia de estos elementos.

Pues ocurre —y éste es uno de los aciertos de Brunel— que los verbos compuestos con preposición encierran los mismos valores aproximadamente que los temas de presente. La oposición entre simple y compuesto va del «ordre de procès» («Aktionsart»), cuando son aún sensibles los orígenes lexicales de la oposición, al «Aspekt». Digamos, antes de seguir, que la desdichada interpretación de lo terminativo como objetivo —otro concepto que hay que evitar— hace dar a Brunel como de «ordre de procès» una oposición como φεύγω «huyo»/ ἐκφεύγω «logro escapar», que es el tipo mismo de la oposición simple/compuesto (incluso para Brunel en su libro anterior *L'aspect verbal et l'emploi des préverbes en grec et particulièrement en attique*). Ahora bien:

siendo como es el aspecto de los compuestos un hecho reciente, apenas esbozado en indoeuropeo (Schwyzer, p. 267), resulta claro que ha habido *históricamente* una sucesión de estadios (luego coexistentes): 1.º, diferencia semántica grande; 2.º, menor diferencia semántica con el acento puesto sobre características internas o concretas de una misma acción; 3.º, diferencia de valor puramente gramatical que resalta en la oposición con el simple. Esta oposición ha sido decisiva. *La evolución va de lo concreto a lo gramatical y ha sido posible por la oposición con el simple*. Otro factor: el sentido aproximadamente aorístico del compuesto, que se comprueba estadísticamente por la tendencia del compuesto a ir en aoristo, nos hace pensar que la lengua, que, como veremos, había casi eliminado el terminativo del presente, por una de sus frecuentes reacciones quiso crearse un nuevo terminativo de presente. Y ahora no tenemos más remedio que admitir que la multiplicidad de valores de los distintos temas de presente tiene también, en ciertos casos, valor histórico: nos hallamos ante otro procedimiento más antiguo de la lengua para crearse en dichos temas presentes terminativos por oposición a los no caracterizados, pero que tuvo, desde luego, menos éxito que el posterior de los verbos compuestos y acabó por decaer. La diferencia entre el aspecto del aoristo, el de algunos temas de presente y el de los compuestos, no tiene nada de esencial (contra Jacobsohn, etcétera), sino que hay que estudiarla históricamente. Que haya quedado variedad de matices, es verosímil y digno de estudio. Pero ahora se verá que la equiparación del sentido del aoristo y el perfectivo eslavo era fundada, aunque desde otro punto de vista Holt tenga razón al separarlos. Pero Holt se equivoca gravemente al creer el perfectivo un hecho exclusivamente eslavo; y se equivoca también al decir que el aspecto flexional indica término real y el otro (que llama sintagmático), virtual. Es otra vez el error de lo objetivo y subjetivo. En uno y otro lado hay usos ob-

jetivos y subjetivos. El buscar una diferencia esencial a ambas formas de aspecto porque coexisten en serbocroata (añadamos: y en griego, latín, etc.), depende de la tendencia de los estructuralistas a atribuir un valor definido a cada sistema de oposiciones existente en un momento dado, sin atender a la coexistencia temporal, tan frecuente, de un sistema que decae y otro nuevo que le va sustituyendo.

Puestos en este nuevo punto de vista, podemos lanzar la hipótesis de que también el aspecto flexional tiene raíces lexicales y concretas, habiendo llegado a cristalizar en un hecho gramatical por los pares de oposiciones. Un hecho nos da un indicio favorable: el supletismo verbal. Como se sabe, hay raíces incapaces de dar, por ejemplo, un aoristo o viceversa; las hay que sólo pueden dar un tema determinado. El sentido no se prestaba a todos los aspectos, se dice. Sí, pero lo antiguo es el sentido y lo secundario el aspecto, que nace de la oposición.

Otro dato viene en nuestra ayuda, puesto en claro por Brunel. Las teorías de este autor sobre el perfecto son poco aceptables y claras, pero distingue el perfecto de valor aspectual que designa el estado resultante de una acción pasada y se opone a presente y aoristo de otro, según él más antiguo y sin tal valor, que no se oponía necesariamente a un presente y que identificamos con el intensivo (que tanta complicación había producido que incluso se había llegado a negar su existencia). La función de la reduplicación es precisamente denotar la intensidad. Tenemos, pues, un tema con valor concreto que pasa a tenerlo puramente gramatical por causa de una oposición. El nexo común es designar un estado derivado de un proceso; un estado particularmente intenso se sintió derivarse de un proceso que viene de atrás.

Por un rodeo hemos vuelto al aspecto flexional. Y nos hemos podido convencer de que las oposiciones, el sistema, son su alma; precisamente el sistema del aspecto flexional era lo que vimos que en griego estaba peor definido. El estudio que hagamos de él nos dará su esencia y su origen.

Nada mejor que exponer y criticar el que ha hecho un estructuralista como Holt, ya que ellos son los especialistas en estas cosas. Aunque tienen una limitación: como describen estados de lengua, no tratan de la historia de esas oposiciones, que tanta luz da. Trataremos de subsanar esa limitación y así el método será doble.

Dentro del aspecto flexional que Holt separa del derivativo y el sintagmático, este autor distingue un sistema de oposiciones entre perfecto, aoristo y presente que ahora definiremos. Previamente descarta el futuro, equiparándolo al presente por el aspecto. Más bien hay que decir con Humbert (*Syntaxe grecque*, p. 113) que no tiene aspecto; su valor oscila entre el desiderativo y el futuro en sentido temporal. Entre presente, perfecto y aoristo, Holt ve un sistema de oposiciones en el sentido de los estructuralistas: hay un término positivo, A, el de funciones mejor delimitadas y que no invade nunca el sentido de los demás; un término negativo, B, que tiende a ser «lo no A», pero que en ciertos casos tiene el valor de A (las oposiciones lingüísticas no son exclusivas, sino participativas); y un término cero, C, que no es ni lo uno ni lo otro. Para Holt, en cuanto al aspecto, el término positivo es el perfecto; el negativo, el presente, y el cero, el aoristo. El perfecto indica el proceso después del término, tiene un valor completamente definido y nunca un presente o aoristo puede tener valor aspectual de perfecto. Añadamos que si alguna vez están próximos perfecto y presente, es tratándose de los perfectos intensivos (cf. δέρκομαι/δέδορκα), que son, como vimos, los más antiguos y anteriores a la gramaticalización del perfecto. En cambio, hay presentes equivalentes a un perfecto (νικῶ, ἀκούω). Esto equivale a que, efectivamente, el perfecto es el término positivo. Traduzcámoslo históricamente: el perfecto es el tema que primero alcanzó un sentido aspectual específico, oponiéndose a las otras formas (según Holt, el presente). Y, en efecto, vemos que es una antigua forma indoeuropea muy unitaria frente a la multiplicidad del presente y el carácter

reciente del aoristo. Con esto el perfecto recobra su justo lugar en el sistema del aspecto. Pasando al presente, para Holt designa el proceso que no ha llegado al término. Esto también es acertado, porque designa el presente negativamente y acaba con su designación de cursivo o durativo, que Schwyzer califica justamente de incompleta, pues no se ajusta a todos los casos. Dentro del presente hay aspectualmente: 1.º, un cursivo (sobre todo en imperfecto, lo que prueba que la oposición del aoristo contribuyó a desarrollarlo); 2.º, un terminativo (ya visto; añadir el tipo εἶμι); y 3.º, lo que Schwyzer llama «estativo» (εἰμί, θάλλει) y que demuestra que para oponerse al aoristo, un tema de presente no necesita ser cursivo. Una cosa es decir en las gramáticas que el presente es un durativo o cursivo y otra justificar en un texto este valor en todos los presentes uno a uno. En cambio, el perfecto antiguo presenta unidad de significado, prescindiendo del intensivo, que es un perfecto en embrión.

Si la definición negativa del presente como «acción que no ha llegado a su término» me parece acertada, y su carácter de término negativo deriva del hecho de que, al destacarse aparte el perfecto, no todas las raíces se prestaban a adquirir un valor uniforme ante dicha oposición (de ahí el estativo) y otras, prescindiendo de esa oposición (no exclusiva, como ninguna otra), tomaron (1) o conservaron valor de perfecto o aoristo, no creo, en cambio, en la posición del aoristo como «término cero» designando un proceso «que no es considerado ni antes ni después del término» o, por mejor decir, un proceso en el término o el término del proceso (definición que no da Holt por su forzada caracterización de «término cero»). Contra ello hay varios argumentos:

1.º La misma definición de las oposiciones lingüísticas

(1) Como vimos, gramaticalizando diferencias semánticas concretas con el fin de crear terminativos de presente.

como no exclusivas: es decir, que B tiende a ser «lo no A», pero a veces es A o indiferente, elimina la necesidad de un término cero. Las únicas oposiciones verdaderas son las de dos términos.

2.º Genéticamente la diferenciación del perfecto como término positivo es lo más antiguo de todo el sistema del aspecto; su oposición se refiere al conjunto de los demás temas, entre los que tardíamente y no en todas las lenguas indoeuropeas se diferenció como forma aparte el aoristo.

3.º Consecuentemente, si el presente con valor de perfecto caracteriza a este tema como aspectualmente negativo con relación al perfecto, la existencia de presentes terminativos lo caracteriza como aspectualmente negativo frente al aoristo. Consecuentemente, del mismo modo que no hay perfectos con valor aspectual de presente (ni aoristo), tampoco hay aoristos con valor aspectual de presente (no está en este caso el aoristo gnómico). El valor del aoristo es unitario, como vimos arriba, aunque proceda de la fusión de dos temas. Dentro del par presente/aoristo, opuesto en conjunto al perfecto, el término positivo es el aoristo.

4.º La tradición gramatical ha considerado siempre, como vimos arriba, al perfecto como opuesto al conjunto de presente y aoristo y a éstos opuestos entre sí. Es absurdo considerar al presente directamente opuesto al perfecto.

Voy a ampliar ahora históricamente, como hice con el perfecto, mi razonamiento para decidir entre presente y aoristo. Parto de los aoristos radicales, existentes con este valor en muy pocas lenguas y que morfológicamente no difieren del tema de presente.

Como se sabe, por un lado hay en griego aoristos radicales que son idénticos a imperfectos de otros verbos; si en el primer caso son aoristos, se debe a que el presente se distingue por la reduplicación, sufijo o vocalismo: p. ej., cf. ἔφην, imperfecto de φημί, frente a ἔστην, aoristo de ἵστημι; ἔφερον, imperfecto de φέρω, frente a ἔτεκον, aoristo de τίκτω. Por otro lado, estos aoristos son efectivamente imperfectos en otras lenguas en que su presente correspondiente es ra-

dical: cf. p. ej., ἐγένετο aoristo frente a scr. *ájanata* imperfecto (presente *janāmi*). Ejemplos como éste muestran (cosa que ya demostraba su vocalismo **e*) que eran antiguos imperfectos que quedaron aislados al crearse nuevos temas de presente. Estos «imperfectos» garantizan la existencia de antiguos temas de presente integrados por formas radicales atemáticas y formas radicales temáticas en grado cero y cuyo sentido era terminativo precisamente por designar la acción verbal desnuda de calificaciones, como la de los varios temas de presente que incluyen sufijos, etc. La acción desnuda de calificaciones que distraigan ha de verse por fuerza desde el punto de vista de su efectuación. En ai. existen todavía temas de presente como los que admitimos dando un imperfecto y presente con sentido terminativo: es el tipo *tudāmi*, equivalente morfológicamente al griego γλύφω / ἔγλυφον y semánticamente, además, a ἔφυγον (¡ya aoristo!). En griego aún queda algún presente de este tipo (φημί / ἔφην), pero en general estos temas se prefirieron para el pasado, con lo cual nació el aoristo, mientras que el presente se prefirió formarlo de varias maneras o cuando se formó de ésta perdió su sentido característico. Históricamente es, por tanto, el aoristo el que adquiere independencia frente a los demás temas de presente.

En suma: el aoristo era un tema de presente (o del llamado «primitivo») entre tantos, al que el uso de la raíz pura confería un valor terminativo y que en algunas lenguas tendió a reducirse al pasado y al uso atemporal al preferirse en el presente otros temas de varios sentidos. Esto no obsta para que secundariamente haya habido, como vimos, una tendencia a crear, por varios procedimientos, presentes aoristicos. Pero la unidad de sentido y forma del aoristo frente a la multiplicidad del presente —en el que incluso desde antiguo había terminativos como φημί y εἰμί— prueba que el aoristo es el término positivo e inequívoco que se independizó sólo en algunas lenguas frente a todo el resto.

La única dificultad la plantea el aoristo sigmático. Consi-

deraciones comparativas hacen posible que su antiguo valor fuera el de complexivo, fundiéndose luego su sentido con el del aoristo radical. En todo caso, hay que hacer notar que en otras lenguas, como el latín, se fundió con el perfecto, creándose así un sistema aspectual con dos términos: positivo, el perfecto (término de la acción y acción después del término); negativo, el presente (acción antes del término).

Nuestra definición del aoristo como término positivo en la oposición aoristo/presente, basada en consideraciones históricas y estructurales, choca, sin embargo, con algunas dificultades. Recientemente Brunel ha definido el presente como el término positivo: «ninguno me parece del todo injustificable directamente: una forma de valor cursivo puede convenir hasta para describir una acción de poca duración», afirma (p. 49); pero no se puede definir el presente entero por el cursivo. Y añade: «El que tiene menos necesidad de ser motivado es el aoristo.» Esto no es cierto más que a medias (piénsese en el presente estativo) y depende de ideas enunciadas por Chantraine en su artículo *Remarques sur les rapports entre les modes et les aspects en grec* (*Bull. Soc. Ling.*, XL, p. 69-79), cuyas observaciones en realidad nos favorecen. Chantraine afirma (p. 75) que «de una manera general, en la lengua épica, el subjuntivo y el optativo pertenecen al tema de aoristo y se encuentran en el presente, sea en las raíces durativas, sea a veces con un valor expresivo». Chantraine dice que esto se explica en parte por el carácter reciente de cierto número de presentes. Esto no es decisivo, pues también hay aoristos recientes; además, muchos de los presentes recientes son precisamente terminativos que se oponen a otros presentes. La explicación mejor se da a continuación cuando Chantraine afirma que «es natural, cuando se sitúa en el tiempo venidero una acción o un estado de cosas que se quiere o desea verse producir, que la noción verbal sea considerada en sí misma (mejor: en su realización) y que no se atienda al proceso que lleva a esa

realización». Apoyándose en consideraciones comparativas, Chantraine muestra cómo es verosímil que en los modos no existieran primitivamente formas de presente, desarrollándose únicamente en ático por oposición al aoristo. Esta es precisamente la característica de un término negativo.

Sólo nos falta concluir. Hemos tratado, tras la sistematización de Schwyzer y el estudio estructural de Holt, de introducir el punto de vista histórico, hallando apoyo alguna vez en los datos de Brunel. Sería útil detallar cómo, a partir de diferencias semánticas concretas de los temas, se creó, por medio de oposiciones sucesivas, un sistema aspectual completamente gramaticalizado y cómo se reprodujo el proceso para crear nuevos terminativos de presente, que acabaron también por derivar generalmente al pasado o decaer. Al tiempo habría que describir la génesis del sistema temporal, que se entrecruza con el del aspecto. Para Holt, el término positivo es aquí el futuro; el negativo, el pasado, y el cero, el presente. Consideraciones históricas y estructurales (no hay futuro por pasado ni por presente; sí presente por futuro, presente por pasado y uso atemporal del presente), en que no puedo detenerme para no alargar desmesuradamente el artículo, me hacen pensar que el término positivo es el futuro frente a los demás temas, y entre ellos el pasado es el positivo, y el presente, el negativo. El aoristo gnómico, que es un uso atemporal, no contradice esta opinión.

F. R. ADRADOS

LA TRADUCCION EN LA METODOLOGIA DEL LATIN

(Ponencia leída en la reunión de Catedráticos celebrada en Santander, 1949)

La enseñanza de las lenguas clásicas culmina en la traducción. La soltura adquirida en ella es la más segura piedra de toque para juzgar de la bondad de un método o la pericia de un profesor. Y el argumento que más convincente parece, en boca de los que proclaman su desencanto ante los frutos obtenidos en un decenio de bachillerato clásico, es el reducido número de alumnos que terminan sus siete años de latín pudiendo leer sin tropiezos a los autores básicos, Cicerón o Virgilio. Pocos dejarán de estar de acuerdo, pues, en definir la traducción como principal objetivo de una clase de latín o griego; pero quizá sean menos los que se resignen a sacar la inevitable consecuencia y a relegar la gramática a un puesto secundario. Pues precisamente por ser tan menguados los resultados alcanzados en la traducción, el profesor se siente tentado a insistir sobre la gramática, o aprovechando los conocimientos tan laboriosamente adquiridos para cimentar nociones generales de lenguaje, o iniciando a los muchachos en la lingüística científica, o simplemente entregándose a la práctica de aquella famosa «gimnasia intelectual», que no veo sea superior a la ejercitada en otras disciplinas ni que justifique un dispendio tan grande de tiempo y energías. Pero por estimables que sean estos logros, sobre todo los dos primeros, no creo que ellos basten para justificar el predominio concedido a nuestros estudios en el actual bachillerato. No perdamos de vista que, en gran parte, el latín sobrevive en nuestros planes como vestigio de un estado de cosas ya pretérito. Natural era que el estudio general del lenguaje se

cifrara en el latín cuando éste era aprendido poco menos que como una lengua viva. Pero hoy el estudio «normativo» del lenguaje (el único que interesa en un ciclo de formación general como es el bachillerato) ha pasado como herencia del latín a la lengua materna respectiva. Y la lingüística, por valiosa que sea, no creo que pueda suplir las virtudes de la gramática normativa. Pues no es acentuando su carácter científico como deben defenderse los estudios humanísticos ante el embate de las ciencias modernas, sino destacando precisamente su condición de elemento correctivo de un cientifismo a ultranza, por la subordinación que imponen a la ciencia con respecto a otros valores más específicamente humanos. No me compete aquí definir lo que en el mundo europeo se entiende hoy por educación humanística; baste recordar que ésta postula el reconocimiento de un sistema de valores morales, sociales, intelectuales, estéticos. Estos valores pueden aceptarse o no, pero sólo ellos son capaces de justificar que en nuestro siglo las ciencias físiconaturales sean sacrificadas como lo han sido en la enseñanza media española; si no se aceptan, griego y latín no son sino lastre y rutina.

Este es el momento de señalar que la educación humanística no puede ir exclusivamente a cargo de los profesores de latín y griego; y esta observación arroja nueva luz sobre el tema, antes apuntado, del desencanto expresado por muchos críticos. Las lenguas antiguas son sólo el utillaje de las humanidades. En un plan orgánico y completo, y con un cuadro de profesores creado con arreglo a un criterio unitario, nuestra función se limitaría a adiestrar a los jóvenes en el uso de estos instrumentos; la labor educativa total incumbiría no sólo al profesor de latín y griego, sino a los de literatura, historia y filosofía; en una palabra, al conjunto de disciplinas llamadas de letras. Salta a la vista, en los momentos actuales, lo utópico de esta pretensión. Se ha implantado un bachillerato humanístico sin formar previamente un cuadro de profesores formados en las humanidades. Reco-

nozcamos, sin embargo, que el círculo vicioso era inescapable: los profesores no pueden transmitir a los discípulos lo que ellos no recibieron a su debido tiempo. Ahora bien, un círculo así sólo es insoluble en lógica; en la práctica queda siempre el recurso de romperlo violentamente y aceptar de antemano un período de imperfecciones y rozamientos. El círculo se ha cortado por el bachillerato y el peso de la reforma ha caído sobre el latín y el griego. Nos toca, pues, justificar en la medida de lo posible no sólo nuestra existencia, sino el nuevo rumbo tomado por la Enseñanza. Si creemos que el renacimiento humanístico iniciado en España es intrínsecamente valioso, hemos de aceptar de buen grado la tarea suplementaria que nos impone la fuerza de las circunstancias. Y no nos dejemos llevar por la impaciencia de los que desde ahora dictaminan el fracaso de estos estudios en España. Una reforma como ésta no puede dar sus frutos plenos hasta al cabo de varias generaciones, cuando todas las partes del organismo docente hayan sido vivificadas por las nuevas ideas y en todos los grados predominen ya los maestros formados en los nuevos principios.

Y por otra parte, los indicios de que esta reforma no va a ser inútil existen ya. Salta a la vista el renacimiento de los estudios clásicos, en las esferas universitarias por lo menos; los trabajos sobre temas de filología clásica publicados en los últimos años superan ya en número y calidad a los aparecidos en todo un siglo, al mismo tiempo que en la *élite* intelectual española se multiplican los síntomas de un interés renovado hacia las humanidades. El carácter limitado de estos primeros frutos no nos autoriza a despreciarlos; por arriba y no por abajo empiezan a manifestarse los movimientos culturales.

* * *

Pero volvamos a nuestro tema de la traducción en clase. En la práctica este término se usa para expresar dos conceptos distintos: traducción propiamente dicha y lectura.

Conviene fijar desde ahora esta diferencia, aunque en una clase no sea siempre fácil observarla: en la lectura no ponemos de nuestra parte más que el esfuerzo necesario para comprender al autor; traducir, en cambio, es someter un texto a una labor de trasposición a un sistema expresivo distinto.

En los ejercicios de traducción (o lectura) distinguiremos tres grados: 1.º, traducción oral preparada; 2.º, traducción oral improvisada; 3.º, traducción escrita.

La tarea principal incumbe a la traducción oral, previa preparación en casa o en las horas de estudio. Diversas cuestiones surgen a propósito de ella: extensión del trozo a traducir; ayuda que debe facilitarse al alumno; amplitud del análisis gramatical; adquisición de vocabulario; manejo del diccionario. Los tres primeros puntos se entrelazan íntimamente y no pueden tratarse por separado.

Yo soy decididamente partidario de las traducciones extensas. Aprender el latín, como aprender una lengua moderna, significa adquirir la facultad de leerlo de corrido. La dificultad de alcanzar este objetivo en el bachillerato no es razón para que lo perdamos de vista; por lo menos, hemos de encarrilar al alumno por el camino que a él conduce. El alumno debe partir siempre de la convicción, que parece una perogrullada, pero en la práctica lo es menos, de que el pasaje que se ha de traducir tiene siempre un sentido completo, coherente, en relación con el asunto del capítulo o subdivisión a que pertenezca y con el tema general de la obra. Esta idea se oscurece fácilmente cuando la traducción se atomiza. La conexión con el conjunto se esfuma también cuando se consagra una atención excesiva al análisis; es decir, cuando sistemáticamente se desmontan las frases en todas sus piezas, tratándolas poco menos que como un rompecabezas. En lo posible, el trabajo de análisis meticuloso y sin descuidar detalle deberá dejarse para los ejercicios que son complemento inmediato de las lecciones teóricas y deben distinguirse de la traducción propiamente dicha. En la

inteligencia de un pasaje entra un tanto por ciento de intuición que no puede ser reemplazado por ningún análisis. Gramáticas y diccionarios son tentativas muy imperfectas de captar y reducir a esquemas sistemáticos los fenómenos del lenguaje vivo. No debe engañarnos el hecho de que para las lenguas clásicas existan gramáticas y léxicos que cubren casi en su totalidad los usos atestiguados en los autores; estos instrumentos se han construído aquí *a posteriori* y sobre una masa de lenguaje estática y muy reducida. Pero el alumno, que no puede manejar los mismos útiles de trabajo que el profesor, se encuentra ante las lenguas muertas en la misma situación que ante una viva.

No pretendo con esto eliminar el análisis, sino simplemente fijar sus límites. Como norma general, el análisis palabra por palabra debería reservarse a los primeros cursos; a partir del tercero, debe atenderse sobre todo al análisis de oraciones compuestas y períodos. Pero las circunstancias señalarán en cada caso la minuciosidad con que debe practicarse en relación siempre con la corrección del trabajo personal de los estudiantes. Esta corrección es, en efecto, una de las más delicadas tareas en la enseñanza del lenguaje. Ante una traducción errónea, el mejor método consistirá en hacer que el alumno reconstruya el camino que ha seguido y que le ha llevado a un resultado falso; ello sólo es posible en la corrección oral, y de aquí su superioridad sobre la escrita, por importante que ésta sea también. El profesor debe limitarse a llamar la atención del estudiante en el momento en que éste o se ha descarriado o no ha advertido una bifurcación de caminos; en este momento crítico, lo adecuado no es apuntarle soluciones, sino empujarle insensiblemente hacia la solución verdadera. El mayor inconveniente del sistema consiste en que el provecho pleno sólo lo saca el alumno concreto a quien se está corrigiendo o, a lo sumo, los que han incurrido en el mismo error. Por ello es tan importante que en una clase de lenguas el número de asistentes sea limitado. Después de los primeros cursos, yo diría casi que

son los errores e imperfecciones de las traducciones presentadas los que deben fijar los límites al análisis (aparte, naturalmente, del cuidado de ir subrayando los ejemplos de las reglas gramaticales que contemporáneamente se vayan estudiando en las clases teóricas).

Todo esto supone que el alumno ha trabajado por su cuenta y con muy escasa ayuda, pues la clase se basa en realidad en los defectos de su trabajo. Sin embargo, si aceptamos la conveniencia de que la traducción sea extensa, será indispensable alguna ayuda. Esta puede consistir, o en una preparación previa de la traducción, hecha en la clase misma, en la que se revisen las dificultades principales que han de encontrarse en el texto en cuestión, o bien utilizando textos anotados. Yo no soy contrario a las notas, con tal de que reúnan ciertas condiciones. Aparte de las referentes al comentario real (que considero indispensables y no creo que signifiquen una limitación del trabajo del profesor ni puedan suplir jamás las explicaciones orales de éste), las notas gramaticales o de auxilio directo a la traducción conviene que se limiten a simples indicaciones, que no eximan al alumno de su trabajo propio; por ejemplo, en una construcción difícil, que hagan referencia a la regla pertinente, o den una traducción muy libre que aclare el sentido general sin prejuzgar la posibilidad de una versión más ajustada, etc. Las notas sirven, además, para suplir una gradación de textos que se hace casi imposible en el momento en que el alumno se enfrenta con los clásicos auténticos, dejando ya los textos de latín artificial, de los que soy partidario en los primeros grados, pero que hay que abandonar tan pronto como sea posible.

Hemos apuntado ya que, sin perjuicio de lo dicho sobre la limitación del análisis, los textos traducidos se utilizarán para mostrar ejemplos vivos de las reglas gramaticales que se vayan aprendiendo. Creo que debe hacerse lo antes posible una distinción entre los ejercicios supeditados a la gramática y la traducción propiamente dicha. Los ejercicios de fra-

ses permiten la adecuada acumulación de material para ejemplificar una regla determinada, pero resultan una cosa muerta y árida, comparados con la lectura de un texto seguido, en el que la inesperada aparición de un uso permite captar en un cuerpo viviente la aplicación de una doctrina gramatical.

El aprendizaje del vocabulario no es un problema de solución fácil. Una de las grandes dificultades de las lenguas clásicas consiste en la altura intelectual y literaria de los autores que pasan por más elementales. Comparemos el léxico usado en los primeros grados de estudio de una lengua moderna, referido casi exclusivamente a objetos de uso corriente, con los vocablos cuya posesión resulta indispensable ya en un primer curso de latín: voces de la lengua militar o política, términos filosóficos o morales que muchas veces el muchacho no posee aún en su lengua materna; y la misma calidad estilística de los textos multiplica las acepciones que hay que conocer de una misma palabra. Naturalmente que en los primeros textos, sobre todo en los de latín artificial, pueden atenuarse algo estos inconvenientes. Pero no creo que sea aconsejable dar a aprender a los niños un vocabulario extraño al que luego interesará, con el pretexto de que corresponde a nociones más simples.

Para la adquisición del vocabulario se ha recomendado mucho el uso de cuadernos. Bezard sobre todo, en un conocido libro, declaró la guerra a los diccionarios; cada palabra nueva debía ser previamente explicada en clase y apuntada en un cuaderno por el alumno, quien así se construiría su propio diccionario. Por parte del maestro, esto supone tener confeccionado desde principio de curso su propio cuaderno, previendo con toda exactitud los textos que se han de traducir y las palabras que se van a encontrar, puesto que éstas deben agruparse no sólo por orden alfabético, sino etimológicamente, por lo menos en los casos de filiación clara. Insiste mucho, y este principio es sin duda aceptable, en que se haga siempre referencia a la significación primitiva y con-

creta, deduciendo de ella las derivadas y abstractas. Llevado a este extremo, el método de Bezard no ha tenido gran aceptación. Sin embargo, la confección de un cuaderno que agrupe las palabras y locuciones más interesantes que se vayan encontrando en la traducción es evidentemente útil.

En cuanto al diccionario, aun sin caer en las exageraciones de Bezard, es indudable que hasta los cursos avanzados el alumno no puede utilizarlo. Al principio bastarán vocabularios sencillos, mejor aún si adaptados al texto. A medida que se avance, podrá dedicarse parte de la labor de clase a adiestrar a los muchachos en la técnica del manejo del diccionario, que, como sabemos, no es fácil.

Un complemento de la traducción preparada es la traducción sin preparar. Su gran ventaja consiste en que ejercita a los alumnos en los procedimientos que deben utilizar en la primera. No siempre es posible, ni aconsejable, practicarla sistemáticamente, pero puede servir para aprovechar el tiempo que muchos días queda una vez terminada la traducción preparada. Aquí se puede y se debe extremar el análisis, pues el alumno, cogido de sorpresa, con frecuencia ha de acudir a conocimientos que tiene relegados en los escondrijos de su memoria con gran riesgo de ser olvidados. En este ejercicio el alumno debe atender, ante todo, a la estructura de la frase. No creo, desde luego, en la llamada ordenación lógica; no es necesaria para la comprensión de la frase y, por otra parte, conviene que el estudiante se habitúe cuanto antes al ritmo de la frase latina.

Llegamos ahora al tercer tipo de traducción que propongo: la escrita, o sea, la traducción propiamente dicha, en la acepción estricta definida más arriba. Para que ésta sea provechosa, debe destacarse su carácter de ejercicio literario. Es un ejercicio de castellano tanto o más que uno de latín, en el que se advertirán los resultados obtenidos no sólo en nuestra clase, sino en todas las de letras. En un país como Francia, de tan honda tradición humanística, la versión escrita es considerada como el más precioso de los instrumen-

tos creados por la metodología de las lenguas clásicas, hasta el punto de que ella sola bastaría para justificar la presencia de éstas en los planes de enseñanza. La solución de las dificultades gramaticales es aquí lo secundario; puede incluso utilizarse algún texto ya traducido en las clases orales. En muchos casos no será posible imponer este ejercicio a la totalidad del curso; puede limitarse a la parte más aventajada de la clase, por ejemplo, a su tercio superior, introduciendo un principio de emulación. Todo ello dirigido a destacar el carácter de elaboración original que posee este trabajo, análogo a los de redacción habituales en las clases de literatura. Cada frase se presenta como un complejo de múltiples factores. No sólo hay que reproducir el sentido, sino conservar en lo posible los efectos estilísticos, las imágenes (ya estén desarrolladas o en forma embrionaria, implícitas dentro de una sola palabra), atender a las sugestiones que cada vocablo despertaba en el lector antiguo, a las alusiones ocultas entre líneas, al orden de importancia no lógico, sino, por decirlo así, dramático, en que se presentan las ideas y que se refleja en el orden de las palabras... Y como salvar todos estos elementos y reproducirlos en la frase castellana será, en la mayoría de los casos, imposible, habrá que elegir entre ellos atendiendo a su importancia, sacrificando lo que se crea secundario si así es preciso para conservar lo principal.

La noción de «fidelidad», que debe presidir toda traducción, cobra así una gran complejidad, pues deja de ser fidelidad exclusiva al sentido para convertirse en fidelidad a los valores poéticos, estilísticos y emocionales del original. Es muy instructiva, a este propósito, la consulta de traducciones impresas, que, hecha abiertamente y a base de discutir las soluciones dadas, lejos de limitar el trabajo personal, muchas veces lo estimula. Este es el ejercicio adecuado para estudiar las peculiaridades de géneros y estilos; su reproducción en castellano es, de hecho, el primordial objetivo de la traducción escrita.

Para terminar, quisiera dedicar unas palabras a un ejercicio francamente pasado de moda: la retroversión. Desde el momento en que el latín dejó de ser cultivado como lengua hablada o escrita, la traducción inversa había de decaer fatalmente. De hecho está abandonada, o lo está siendo, en todos los países. Y no obstante, es indiscutible su utilidad, siempre que no se tome como un fin en sí misma. Yo creo adecuado conservarla como ejercicio de control. Su lugar estaría, aunque parezca extraño, en los primeros grados, en los que importa fijar nociones elementales, como el uso de los casos y las construcciones fundamentales, oración de infinitivo, construcciones de participio, etc. En todo caso, los ejercicios consistirán, o en versiones sencillas, cuya preparación no suponga una excesiva pérdida de tiempo, o en frases destinadas sólo a practicar sobre las particularidades morfológicas y sintácticas.

E. VALENTI FIOL

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

BIBLIOGRAFIA DE LAS OBRAS MENORES DE TACITO

La bibliografía sobre las Obras Menores de Tácito es muy copiosa, entre otras razones por la deficiente transmisión de los textos, su frecuente oscuridad, su interés histórico y su difícil encaje en el cuadro de los géneros literarios. Ni el propósito de estas notas ni el espacio disponible permiten más que unas someras indicaciones orientadoras para una iniciación. Nuestras referencias serán más detalladas en cuanto a ediciones y trabajos recientes que, salvas excepciones, no se hallan citadas en repertorios fácilmente manejables, como el de Herescu, o en los anejos a las ediciones más asequibles.

EDICIONES.—El estudioso hallará una enumeración amplia, aunque no completa, de aquellas que comprenden la *obra total* de Tácito en la pág. XVIII de la recentísima edición del *Dialogus de Or.* por M. Lenchantin de Gubernatis (1949, Corpus Paravianum). Citemos de entre ellas como fundamental la de Halm-Andresen-Köstermann (Leipzig, Teubner, 1934). De solas las *tres* Obras Menores, en un volumen, la ed. crítica de Furneaux-Anderson-Haverfield, *Taciti Opera Minora* (Oxford Classical Texts, 1.ª ed. 1900, reimpresiones corregidas en 1931 y 1939). Del *Agricola* y la *Germania*, juntos, la de A. Gudeman, con comentarios y notas críticas (Boston, Allyn & Bacon, 1928, reimpresa en 1948).

Del *Agricola*, amplia enumeración en la ed. de Saint Denis (v. infra). Limitándonos a algunas modernas, señalaremos la de Furneaux-Anderson-Haverfield, sobre el texto de

la arriba mencionada, con amplio estudio preliminar y excelente comentario (Oxford, 1922, reimpresa en 1939). E. de Saint Denis (París, 1942. Coll. des Universités de France), que sustituye a la antigua de Goelzer-Rabaud; contiene un buen estudio del texto y un extenso repertorio bibliográfico. Posteriores a ella, la de Renard (Bruselas, Coll. Lebègue, 1945) y Lenchantin de Gubernatis (Turín, Corpus Paravianum, 1949).

Para el *Diálogo* y la *Germania* nos remitimos también a las respectivas ediciones de Lenchantin (Turín, Paravia, 1949), completada su bibliografía con las juiciosas observaciones de Niedermann en su recensión de dichas ediciones (*Humanitas*, III, 1950). Son de destacar, para el *Diálogo*, las ediciones de Goelzer, con comentarios y notas críticas (Hachette, 1887 y 1910), Goelzer-Bornecque (Coll. des U. de France, 1922), y las recientes de Gallavotti (Florencia, 1937) y de Lenchantin, ya citada. Para la *Germania*, la de Robinson (Middleton, 1935), con un amplísimo y profundo estudio, aunque discutible en sus conclusiones, de la historia del texto; las de Much (Heidelberg, Winter, 1935) y Fehrle (Munich, reimpresa en 1944), ambas con erudito comentario sobre instituciones germanas; la de Anderson comentada (Oxford) y las recentísimas de J. Perret, en la Coll. des U. de France (París, 1949) y de Lenchantin, de igual año (Turín, Paravia).

ESTUDIOS Y COMENTARIOS.—Sobre las *tres* obras, entre otros, Persson, *Kritische-exegetische Bemerkungen zu den kleinen Schriften des Tacitus*. Uppsala, 1927.

a) Sobre el *Diálogo*. Citamos únicamente algunos trabajos no mencionados por Lenchantin, sobre los puntos más polémicos.

Paternidad del Diálogo: Gudeman. *Ein neues Zeugnis für die Taciteische Verfasserschaft des Dialogus* (1). Landi. *L'autore del Dial. de Or.* (2). Masera. *Per la paternità taci-*

---

(1) *Hermes*, XLVIII, 474-477.
(2) *Athenaeum*, VII, 1929, 489-513.

tiana del Dial de Or. (3). Marchesi. *Ancora sull'autore del Dial. de Or.* (4).

Fecha: Romano. *Ancora sulla data del Dial. de Or.* (5). Kappelmacher. *Zur Abfassungszeit von Tacitus' Dial. de Or.* (6). Zimmermann. *Tacitus Gespräch über die Redner* (7).

Tradición textual en conjunto: Petersen. *More about the Dial. of T.* (8) Aly. *Zur Überlieferung des Dial.* (9). Valmaggi. *Ancora il Dial. de Or.* (10).

Fuentes, tendencia, relaciones: Köstermann. *Der Taciteische Dialogus und Ciceros Schrift De re publica* (11). Gallavotti. *Pensiero e fonti dottrinarie del Dial. degli Oratori* (12). Von Fritz. *Aufbau und Absicht des Dial. de Or.* (13). Egermann. *Der Dialogus des T. und Platos Gorgias* (14). V. den Boer. *Die gegenseitigen Verhältnisse der Personen im Dial. de Or. und die Ausschauung des Tacitus* (15). Bardon. *Dialogue des Orateurs et Institution oratoire* (16).

Estudios críticos y exegéticos de pasajes: Son numerosísimos. Citemos entre los modernos los nombres de Birth, Brakmann, Daun, Gallavotti, Güthling, Hartman, Hendrickson, Klamp, Klotz, Pöhlig, Schöne, Romano, Rossbach, Wagenwoort, Walter, Wick, etc.

---

(3) *Il Mondo Classico*, 1934, 98-105.
(4) *Attti del r. Istituto Veneto*, XCVI, 1936-37, 89-93.
(5) *Rivista di Filologia e d'Istruzione Classica*, 1930, 314-349.
(6) *Wiener Studien*, 1932, 121-129.
(7) *Blätter für das Bayerische Gymnasial-Schulwesen*, 1934, 236-247.
(8) *American Journal of Philology*, 1914, 74-78.
(9) *Rheinisches Museum*, LXVIII, 636-637.
(10) *Bollettino di Filologia Classica*, XXI, 61-62.
(11) *Hermes*, 1930, 396-421.
(12) *Athenaeum*, 1931, 35-50.
(13) *Rheinisches Museum*, 1932, 275-300.
(14) *Hermes*, 1935, 424-430.
(15) *Mnemosyne*, VII, 1939, 193-224.
(16) *Revue des Études Latines*, 1941, 113-131.

b) *Agrícola*. Remitimos a la bibliografía de la edición de St. Denis. Señalemos, además:

Sobre el *carácter literario* de la obra: Bardon. *Sur l'Agricola, de nouveau* (17). Mendell. *Literary reminiscences in the Agricola* (18). Prinz. *Zum Proömium des Taciteischen Agricola* (19). Saint Denis. *À propos de l'Agricola* (20). Strohm. *Tacitus' Agricola: Inhalt und Gehalt* (21). Valmaggi. *Per una digressione* (22). Zimmermann. *Die Einleitung von Tacitus' Agricola* (23).

Detalles histórico-biográficos: Anderson. *When did Agricola become governor of Britain?* (24). Birley. *Roman garrisons in the North of Britain* (25). Curle. *Roman drift in Caledonia* (26). McEldery. *The date of Agricola's governorship of Britain* (27). Miller. *Roman York* (27 bis). Macdonald. *Agricola in Britain* (28).

Estudios críticos y exegéticos de pasajes: Los hay, entre otros, de Andresen, Borleffs, Breithaupt, Bury, Elmore, Eriksson, Fries, Griffin, Iliffe, Harrer, Hartman, Meister, Morel, Norden, Nutting, Philippson, Pilch, Ramorino, Sanders, Sanford, Semple, Spilman, Strockman, Valmaggi, Walter, Westerwickz, Witt, Zucker, etc.

c) *Germania. Establecimiento e historia del texto*. Extenso estudio en la ed. Robinson (v. supra); modernos pun-

---

(17) *Les Études Classiques*, XII, 1943, 273-85.
(18) *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 1921, 53-68.
(19) *Wiener Studien*, 1937, 142-8.
(20) *Les Études Classiques*, XII, 1943, 3-7.
(21) *Das Gymnasium*, 1942, 93-98.
(22) *Rassegna italiana di Lingue e Letterature classiche*, 1918, 80-86.
(23) *Blätter für das Bayerische Gymnasial-Schulwesen*, 1933, 83-92.
(24) *Classical Review*, 1920, 158-61.
(25) *Journal of Roman Studies*, 1932, 55-59.
(26) *Journal of Roman Studies*, 1932, 73-77.
(27) *Journal of Roman Studies*, 1917, 68-79.
(27 bis) *Journal of Roman Studies*, 1925, 61-69.
(28) *Proceedings of the Classical Association*, 1932, 7-21.

tos de vista en las de Lenchantin y Perret. V. también, entre otros, Frahm. *Neue Wege zur Textkritik von Tacitus' Germania.* (29).

Carácter y tendencia general: Wissowa. *Tacitus' G. in Zusammenhang der antiken Ethnographie* (30) y *Die germanische Geschichte in Tacitus' G.* (31). Wolff. *Antike Klassikerstellen im Lichte der römisch-germanischen Altertumsforschung* (32) y *Das geschichtliche Verstehen in Tacitus' G.* (33).

Nombre de los germanos: Bang. *Noch einmal zum Namen Germani bei Tacitus* (34) Birth. *Noch einmal Germani «Die Echten»* (35). Carcopino. *À propos du nom des Germani* (36). Schmidt. *Germaniae vocabulum* (37).

Religión: Clemen. *Zu Tacitus G.* 39 (38). Hommel. *Die Hauptgottheiten der Germanen bei Tacitus* (39).

Instituciones públicas: Lintzel. *Germanische Monarchien und Republiken in der Germania des T.* (40). Ogrodzinsky. *Fines Germaniae quinam fuerunt secundum Caesaris et Taciti opinionem* (41). Pilch. *De ignominioso apud antiquos Germanos supplicio* (42).

Instituciones militares: Gundel. *Der Keil in der germanischen Feldschlacht* (43). Lammert. *Germanische Rei-*

---

(29) *Hermes*, 1934, 426-443.
(30) *Germanisch-Römische Monatsschrift*, X, 55 ss.
(31) *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*, 1921, 14-31.
(32) *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*, XLII, 181-195.
(33) *Hermes*, 1934, 121-66.
(34) *Wochenschrift für klassische Philologie*, 1915, 1.238.
(35) *Berliner Philologische Wochenschrift*, 1920, 660-672.
(36) *Revue Critique*, XXXVIII, 319 ss.
(37) *Philologische Wochenschrift*, 1927, 60-63.
(38) *Rheinisches Museum*, LXXII, 155-158.
(39) *Archiv für Religionswissenschaft*, XXXVII, 1941, 144, 172.
(40) *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte*, LIV, 227 ss.
(41) *Eos*, XXX, 1927, 59-62.
(42) *Eos*, XXXIV, 391-395.
(43) *Das Gymnasium*, 1939, 154-165.

ter (44). Roll. *Von altgermanischer Reitkunst* (45). Valmaggi. *Equitazione germanica* (46). Wolterstorff. *Zur Germania des Tacitus* (47).

Agricultura: Arenander. *Über Tacitus Bericht über das Ackerbauwesen der Germanen* (48). Schmidt. *Germanische Agrarverfassung* (49).

Agri decumates: Gutenbrunner. *Über* decumates agri *als Zehnland aufgefasst* (50). Hertlein. *Decumates agri* (51). Hesselmeyer. *Was ist und was heisst Dekumatland?* (52). *Decumanusstudien* (53). *Tacitus und die Zehnlandstheorie* (54). Kahrstedt. *Die Kelten in den* decumates agri (55). Kaspers. *Zu* decumates agri (56). Norden. *Die* decumates agri *in Tacitus' Germania, 29* (57). Schnetz. *Decumates agri: ein Textverderbnis* (58). *Noch einmal die* decumates agri (59). *Der Zusammenbruch der Form* decumates: *die agrarhistorische Lösung des Problems* (60). Weller. *Die Stelle der Germanie des Tacitus über die* decumates agri (61).

---

(44) *Das Gymnasium*, 1938, 194-196.
(45) *Das Gymnasium*, 1938, 82-86.
(46) *Atti della r. Accademia di scienze di Torino*, 1921, 7.
(47) *Philologische Wochenschrift*, 1940, 57-63.
(48) *Nord arkeologmötet i Stockolm*, 1922.
(49) *Philologische Wochenschrift*, 1927, 60-63.
(50) *Klio*, XVI, 1941, 357-363.
(51) *Germania*, XIII, 1929, 51.
(52) *Klio*, 1930, 1-37.
(53) *Klio*, 1935, 133-179.
(54) *Klio*, 1938, 92-103.
(55) *Nachrichten von der Gesellschaft der Wissenschaft zu Göttingen*, 1933, 261-305.
(56) *Hermes*, 1941, 315-316.
(57) *Sitzungsberichte der Preussischen Akademie der Wissenschaften*, 1934, 6.
(58) *Zeitschrift für Namenforschung*, 1938, 227-233; 1940, 130-158 y 238.
(59) *Zeitschrift für Namenforschung*, 1940, 121-130.
(60) *Zeitschrift für Namenforschung*, 1942, 14-22.
(61) *Württemb. Vierteljahressch.*, 1928, 34-36.

Indumentaria: Couissin. *Tacite (Germ. 17,4)* (62). Pasquali. *Come vestivano i Germani secondo Tacito* (63).

Cantos: Capelle. *Zu Tacitus' Archäologien* (64). Meissner. *Barditus* (65). Sternkopf. *Heldenlieder und Schildgesang in Tacitus' Germania* (66). Wolterstorff. *Zur Germanien des Tacitus* (67).

Estudios crítico-exegéticos de pasajes. Aparte los citados, señalemos, entre los innumerables existentes, los nombres de Balogh, Beckman, Capelle, Dobias, Kornitzer, Kunze, Kurfess, Lillge, Lundström, McCartney, Meissner, Mentz, Müller-Graupe, Riese, Scheindler, Schöne, Sternkopf, Strache, Turyn, Valmaggi, Walter, Wolterstorff, etc.

M. MARÍN Y PEÑA.

---

(62) *Revue des Études Latines*, 1929, 180-184.
(63) *Studi Italiani di Filologia Classica*, 1939, 129-163.
(64) *Philologus*, 1929, 201-208, 349-367 y 464-493.
(65) *Zeitschrift für deutsches Altertum*, LXVII, 1930, 197-206.
(66) *Hermes*, 1924, 232-40.
(67) *Philologische Wochenschrift*, 1940, 57-63.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA SOBRE LOS ORIGENES DE LA TRAGEDIA GRIEGA

Sería obligado citar, en el umbral mismo de esta exposición crítica, la obra famosa de Federico Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie*, 1871 (traducción española de E. Ovejero, última reimpresión, Buenos Aires, 1947), si no fuera porque el método que aplica es esencialmente ahistórico, al operar con abstracciones estéticas, sin valor histórico alguno, hechas sobre la tragedia plenamente desarrollada del siglo v, como presupuestos de su formación. Nada más ajeno a un filólogo que la teoría nietzscheana que deriva la tragedia del «espíritu de la música». Tampoco puede el filólogo contentarse, por otra parte, con un método puramente etnológico (cultivado especialmente en Inglaterra), que, por comparación con ritos más o menos dramáticos hallados en otras regiones del planeta, pretende explicar el origen de la tragedia griega, cuando en realidad no vale más que para poner de manifiesto las profundas raíces psicológicas y religiosas del fenómeno dramático en general. Pues la tragedia griega es algo muy concreto, que surge en Atenas en un momento dado de la historia y que, con una temática, una forma y un contenido ideológico que le son propios, exige una circunstanciada interpretación filológico-histórica, sin despreciar los auxilios de la etnología.

En la primera tragedia que conocemos, *Las suplicantes* de Esquilo (496 a. C., aproximadamente), se nos aparece esta forma literaria como algo sustancialmente ya fijado, aunque en la historia posterior del género se puedan dis-

tinguir varios estadios evolutivos (aumento a tres actores y a 15 coreutas; reducción de la importancia del coro; adición del prólogo). De ahí que para el problema del origen de la tragedia se carezca de datos de primera mano y que se haya de recurrir por ello a los testimonios antiguos.

Al lado de una serie de testimonios aislados que atribuyen a Tespis la representación de la primera tragedia en Atenas el año 534/3 a. C. (más adelante veremos en qué consistió la intervención de Tespis), el texto más importante, base para toda discusión, es el pasaje de Aristóteles, *Poética* 1448 *a*, 20 ss., según el cual la tragedia surgió de los ἐξάρχοντες (un plural distributivo: «el solista») del ditirambo y evolucionó ἐκ σατυρικοῦ (que no se puede ya traducir por el término, demasiado concreto, de «drama satírico»), es decir, procede del germen de acción contenido en ditirambos con canto alternado entre el coro y el corifeo y ejecutados por un coro de sátiros. La aceptación o refutación de este testimonio divide en dos grandes grupos la bibliografía sobre la cuestión.

Sobre la base del texto aristotélico, U. von Wilamowitz-Moellendorff —el primero que, tras algún tanteo del historicismo literario incipiente, estudia seriamente el problema—construye en 1889 su teoría en los capítulos I-IV del prólogo a su edición comentada del *Heracles* de Eurípides (el prólogo está publicado por separado desde 1907 con el título de *Einleitung in die griech. Tragödie*). Para W., por σάτυρος hay que entender «macho cabrío», τράγος (así una glosa de Hesiquio y el fragm. 202 Nauck de Esquilo). Ahora bien, siendo estos seres cabrunos desconocidos de las representaciones plásticas antiguas del Ática, el antecedente de la tragedia hay que buscarlo en la región del istmo de Corinto, en la cual Heródoto V 67 atestigua unos τραγικοὶ χοροί y en la que Arión de Metimna, según Heródoto I 23, crea (entiéndase: da forma artística y coral) el ditirambo e incluso, según el artículo Ἀρίων en el léxico de Suidas, hace ejecutar por un coro de sátiros ese ditirambo. Trasplantados estos coros, segura-

mente ya ligados al culto de Dioniso, a Atenas en tiempos de Pisístrato, los sátiros peloponésicos dieron su nombre a los silenos áticos, perdiendo sus rasgos cabrunos característicos (?), y por la intervención personal de Tespis, que cuenta con la experiencia de representaciones dionisiacas semidramáticas de carácter popular en el Atica y que introduce el primer actor recitando partes habladas frente al coro y llevando a su cargo el desarrollo de la acción, surge la tragedia propiamente dicha, que luego irá perfeccionándose.

Así las cosas, la publicación de un comentario bizantino a un tratado de Hermógenes por H. Rabe en *Rheinisches Museum* LXIII, 1908, p. 150 ss., dió a conocer un importante texto que, invocando nada menos que la autoridad de Solón, asignaba al mismo Arión la representación de la primera tragedia.

Dejando a un lado teorías condenadas desde su misma aparición (así, por ejemplo, la de A. Dieterich, en *Archiv für Religionswiss.*, XI, 1908, que pretendía establecer una relación entre la tragedia y los misterios eleusinos, y la de W. Ridgeway, *The origin of tragedy*, 1910, que, sobre una base etnológica y sin aparato filológico suficiente, derivaba la tragedia del culto funeral a los héroes) y alguna exposición de conjunto entonces ya anticuada (me refiero a la obra de A. E. Haigh, *The tragic drama of the Greeks*, 1896, estimable en la parte consagrada a la tragedia del siglo v, pero ajena al movimiento científico en lo referente a los orígenes), la verdadera reacción contra la teoría de Wilamowitz vino en 1911 de M. P. Nilsson, un notable arqueólogo y etnólogo sueco, especialista en religión griega y bien compenetrado con los métodos filológicos, en un amplio estudio «Der Ursprung der Tragödie», aparecido en *Neue Jahrbücher* de dicho año, pp. 609-642, 673-696. N. comienza criticando a fondo el testimonio de Aristóteles (separado por dos siglos del origen oscuro de la tragedia) y la teoría de Wilamowitz en su propio terreno filológico y notando la insuficiencia de las hipótesis etnológicas. Poniendo en entredicho la autoridad de

Aristóteles sobre este punto, N. prueba que el texto de Suidas, en lo que no depende literalmente de Heródoto I, 23, es una combinación hecha sobre ese pasaje de Heródoto y el ya citado de Aristóteles y, además, niega todo valor al testimonio tardío del comentarista de Hermógenes sobre la invención de la tragedia por Arión, que resulta ser una combinación más o una expresión más concreta del τραγικὸς τρόπος de Suidas. En el terreno arqueológico, Nilsson llama la atención sobre el contrasentido de que los silenos áticos autóctonos, con formas de caballo, ejecutasen una τραγῳδία de τράγοι, pues los sátiros con formas de macho cabrío no se atestiguan en la cerámica ateniense hasta muchos años después, en la época de las guerras médicas. Pasando a la parte constructiva, es mérito de N. el haber hecho resaltar la importancia del κομμός como elemento estructural de la tragedia y el haber buscado a través de él una interpretación de los orígenes de ésta, rastreando en Grecia la existencia de *lamentationes* fúnebres populares en las que, al igual que en el ditirambo, el ἐξάρχων constituiría el germen dramático. El culto funeral a los héroes, fusionado con el dionisiaco como se ve en Heródoto V 67 (coros del héroe Adrasto traspasados a Dioniso), habría dado en Atenas lugar a un embrión de tragedia al que Tespis dió forma concreta. Desgraciadamente faltan a Nilsson puntos de apoyo para sostener la existencia del tipo popular de *lamentationes* en trímetros, por lo cual su teoría es insuficiente en este aspecto fundamental. Pero su gran acierto es el haber llamado la atención debidamente sobre la relación de la tragedia con el culto de Dioniso Eleuthereus, en cuyo honor se daban las representaciones trágicas en las Grandes Dionisiacas instituídas por Pisístrato, y sobre el hecho de que ese dios había sido llevado a Atenas por el mismo Pisístrato, sin duda al instituir dichas fiestas, desde la aldea de Eleutherai, en una ladera del Helicón, donde llevaba el epíteto Μελάναιγις, aludiendo a la piel de cabra negra con que, por un ritual mímico, se cubrían los oferentes, lo que suministra la interpretación más plausible de

los τράγοι que están en la base de τραγῳδία. La tragedia no tiene, pues, nada que ver con los sátiros, que son introducidos en Atenas a fines del siglo VI desde la región del istmo por Pratinas de Fliunte, quien representa el primer drama satírico (art. Πρατίνας en Suidas) por entonces, poco antes de que empiecen a atestiguarse los sátiros peloponésicos en la cerámica ática. Es interesante notar que N., en su reciente *Geschichte der griech. Religion* I, 1941, p. 218, 538 s., remitiendo a su trabajo antes citado, se limita a reafirmar su posición únicamente en lo referente a la arqueología de sátiros y silenos y a los τράγοι de Dioniso Eleuthereus que explican el término τραγῳδία.

Desde 1912, en que Wilamowitz en los *Neue Jahrbücher*, p. 463 ss., insiste en la validez de los testimonios de Suidas y del comentarista de Hermógenes y, por lo tanto, de su teoría, puede decirse que no se ha formulado ninguna teoría sustancial sobre el origen de la tragedia, ni siquiera en el reciente y amplio artículo «Tragoedia» de K. Ziegler en la *Realencyclopädie der Altertumswissenschaft* de Pauly-Wissowa, 2.ª serie, t. VI, 1937, col. 1899-2075, ni en *Griechische Tragödie* de A. Lesky, 1938 (cf. *Anzeiger für die Altertumswiss.* I, 1948, p. 65 ss.), que siguen de cerca a Wilamowitz.

La labor, no despreciable, realizada desde entonces ha consistido en discusiones de detalle, prescindiendo, claro es, de aquella bibliografía disidente, apartada de las corrientes generales y que no ha encontrado prácticamente aceptación alguna. Principalmente del lado inglés, la etnología ha seguido privando, provista de mayor o menor aparato filológico. Así, G. Murray, en su estudio «The ritual forms preserved in Greek tragedy», publicado como apéndice al capítulo VIII de Miss Jane Harrison, *Themis*, 1912, página 341 ss., reconoce en ciertos motivos y escenas de las tragedias conservadas la transformación de un ditirambo consistente en la ejecución de un ritual primaveral del Ἐνιαυτὸς δαίμων con la correspondiente pasión y lucha del año que muere y que vuelve a nacer, ideas que M., ajeno a toda

polémica, repite en su reciente libro *Aeschylus. The creator of tragedy*, 1940 (trad. esp., *Esquilo. El creador de la tragedia*, Buenos Aires, 1943). Hemos de añadir que menos consideración aún ha merecido la teoría de otro erudito inglés, A. B. Cooks, que en su monumental obra *Zeus*, I, p. 645 ss., sostiene que el origen de la tragedia está en un ἱερὸς γάμος de Zeus con Sémele en las Leneas, ritual trasplantado luego a las Grandes Dionisiacas (!). En Alemania, donde parecía haber general acuerdo en la teoría de Wilamowitz, la nota disonante fué dada en 1934 en el segundo tomo de un tratado general de tanto prestigio y difusión como la *Geschichte der griech. Literatur* de W. Schmid, pp. 36-49. Prescindiendo del testimonio de Aristóteles, negando, por tanto, la derivación ἐκ σατυρικοῦ e incluso que la tragedia proceda del ditirambo, Schmid tampoco se adhiere a Nilsson ni siquiera para la explicación del término τραγῳδία (todo ello sin una crítica adecuada, defecto de que también adolece su manual en la exposición de la cuestión homérica) y acentúa la importancia de la intervención de Pisístrato y de Tespis, de cuyas manos, al instituir el primero en Atenas el culto de Dioniso Eleuthereus, con poco más que unos rudimentarios elementos dramáticos autóctonos, surge la tragedia, a la que después se sumará el drama satírico de Pratinas, como concesión de la nueva democracia de Clístenes (510) a la crítica del pueblo contra la temática heroica y no dionisiaca de la tragedia (οὐδὲν πρὸς τὸν Διόνυσον).

El libro clásico de A. W. Pickard-Cambridge, *Dithyramb, tragedy and comedy*, 1927, no puede faltar en esta breve reseña bibliográfica, no sólo por la suma de material y por la exposición y examen minucioso de las teorías, sino sobre todo por el criterio objetivo que impera en su capítulo segundo «The origins of Greek tragedy», pp. 87-220. Para este autor, la tragedia, que nada tiene que ver con el drama satírico, es el producto de la fusión en Atenas de un tipo popular de representaciones dramáticas solemnes dionisiacas (con ἐξάρχων y con el actor luego introducido por Tespis) con las representaciones de lírica coral,

también dionisiacas, compuestas en el τραγικὸς τρόπος (que para Pickard-Cambridge, como para Arístides Quintiliano, es un modo musical [?]) por Arión y que tan extendidas estaban en la región del istmo. Resulta, pues, que para Pickard-Cambridge deben ser excluídos del origen de la tragedia tanto el coro de sátiros de Aristóteles como los ritos fúnebres del culto a los héroes.

Fuera de estas obras un tanto ambiciosas, ya hemos apuntado más arriba que las aportaciones hechas en este terreno han consistido en puntualizaciones, más que nada, de la teoría de Wilamowitz, la cual, por el prestigio del nombre de su autor y del de Aristóteles, en quien se apoya, goza todavía de favor especial.

La existencia de una tragedia doria es el corolario forzoso que se sigue de mantener a ultranza la validez del testimonio aristotélico y de los textos de Suidas y del comentarista de Hermógenes en los que se apoya (así Wilamowitz, *Neue Jahrb.*, 1912, p. 470 ss. y Ziegler, *RE*, *art. cit.*, c. 1909 siguientes). Pero ello, de ser cierto (lo cual es muy dudoso), no justifica la hipótesis de un diálogo en trímetros en esa hipotética tragedia doria—de la que nada quedó después (!)—como hace E. Bickel, *Rheinisches Museum* XCI, 1942, p. 123 ss., a pesar de los problemáticos casos de ᾱ dórica en las partes dialogadas de algunas de las tragedias conservadas.

Prescindiendo de la dificultad que hay para admitir con Aristóteles el uso abundante del agitado tetrámetro trocaico, en lugar del trímetro yámbico, en la tragedia «satírica» primitiva (pues su empleo cuantitativo es sólo apreciable desde 420 y es nulo en la tragedia más antigua, *Las Suplicantes* de Esquilo, y, además, el *ethos* agitado del tetrámetro trocaico parece desarrollo secundario según P. Maas y Miss Dale), no han escaseado los esfuerzos para obviar la grave objeción que hace Nilsson (vid. supra) a la admisión de sátiros en la tragedia primitiva, en el sentido de querer negar toda diferencia real entre sátiros y silenos (así ya Pickard-Cambridge, *o. cit.*) o de pretender establecer para σάτυρος una

amplísima acepción (así, por ejemplo, F. Brommer, *Philologus* XCIV, 1940, p. 222 ss.), la cual, en mi opinión, sólo pudo darse después de la introducción del drama satírico en Atenas (en el cual un sileno es el corifeo de un coro de sátiros) por Pratinas de Fliunte, según el testimonio de Suidas ya citado, que Wilamowitz y sus seguidores no saben refutar, dejando, además, sin explicar satisfactoriamente cómo ese hipotético σατυρικόν, jocoso, pudo pasar a ser la tragedia exclusivamente seria y solemne que conocemos, ni cómo el ditirambo de sátiros creado por Arión, según Suidas, ha perdido ya esos sátiros en Píndaro y en Baquílides, contra la constancia de los géneros literarios griegos. Pero, en realidad, el referido testimonio de Suidas sobre Pratinas es tan claro y cuadra tan bien con los demás hechos (no teorías) que no ha faltado una corriente que tiende a buscar un compromiso entre la teoría de Wilamowitz y ese testimonio, distinguiendo dos épocas en el drama satírico, separadas por la primera representación de Pratinas, para lo que no hay la base suficiente. Así lo ha intentado M. Pohlenz, «Das Satyrspiel und Pratinas con Phleius» en las *Nachrichten* de Göttingen, 1926, p. 298 ss. y, en último lugar, L. Campo, *I drami satireschi della Grecia antica*, 1940, p. 11 s., un libro que, al menos en la cuestión de los orígenes, adolece de una lamentable falta de información. Por su parte, la reciente disertación de P. Guggisberg, *Das Satyrspiel*, 1947, se mantiene en la cuestión de los orígenes dentro de la teoría de Wilamowitz, sin innovaciones apreciables.

Partiendo de la base innegable de una ejecución de la poesía coral, no se puede silenciar el problema, no ya de cómo surge la acción dramática—pues esto no parece encerrar dificultad—, sino de cómo surgen las partes dialogadas a cargo del actor. Siguiendo la tradición antigua (principalmente Aristóteles citado en Temistio, *Discursos*, 26, p. 316 *d*), en época moderna se ha atribuído generalmente su introducción a Tespis, que echó mano de los yambos (ya dados a conocer en Atenas por Solón) como la forma literaria reci-

tada más próxima al diálogo (el pomposo hexámetro reresultaba inadecuado) conocida entonces. No obstante, W. Kranz ha dedicado un largo estudio, «Die Urform der attischen Tragödie und Komödie» en *Neue Jahrb.*, **1919**, p. **145** ss. (reimpreso con ligeras modificaciones como libro con el título *Stasimon. Untersuchungen zur Form und Gehalt der griech. Tragödie*, **1933**), en el cual pretende resolver todo el problema del origen de la tragedia con el intento de demostrar que el diálogo nace de la misma ejecución coral, en la que el ἐξάρχων podía cantar o recitar, lo que excluye la introducción por Tespis de las partes dialogadas.

Otra cuestión interesante, que roza el concepto estético abstracto de «lo trágico», es la principalmente suscitada y tratada por M. Untersteiner, *Le origini della tragedia greca*, **1942**, que se remonta hasta la época prehelénica para buscar el origen de los conflictos y luchas de los mitos y leyendas que, al ser utilizados en las tragedias, habían de ser el elemento decisivo para la fijación del concepto de «lo trágico». Los historiadores de la religión griega dan hoy por sentado el hecho de que muchos mitos y leyendas griegos reflejan el choque o el sincretismo de las concepciones religiosas autóctonas con las de los pueblos invasores. Pero adentrarse en un terreno tan inseguro para afirmar, como hace Untersteiner, que este dualismo propio de la religión prehistórica había de abocar necesariamente (!) al nacimiento de la tragedia, es salirse del campo concreto de la investigación filológica para adentrarse en el de la pura especulación.

En el breve examen crítico que precede queda, sobre todo, en claro que, ante la escasez de elementos de juicio, muchas veces contradictorios, que se poseen, las soluciones que se han dado al problema del origen de la tragedia son en último término cuestión de fe, es decir, dependen del valor que, por principio, se asigna a un determinado dato del problema.

MARTÍN SÁNCHEZ RUIPÉREZ

Universidad de Salamanca.

INFORMACION CIENTIFICA

Procuraremos dar en esta sección de la revista un resumen de los acontecimientos notables en el orden científico (actividades, descubrimientos. viajes, reuniones, etc.) que interesen a la Filología Clásica. En los primeros números se tenderá también a abarcar retrospectivamente algunos de los más importantes hechos de este carácter que se hayan desarrollado en los años posteriores al fin de la guerra; nos ahorrará, sin embargo, bastante espacio el remitir a nuestros lectores a varias notas publicadas en *Arbor* XI, 1948, 325-7 y *Emerita* XV, 1947, 326-9, así como otra que verá la luz en el tomo XVII de la revista últimamente citada, donde podrán hallar noticias interesantes de la vida humanística.

Asociación de Estudios Clásicos.—Existe un proyecto de constituir en España una Asociación de Estudios Clásicos como las que con tanta eficacia funcionan en varios países extranjeros, defendiendo y propagando nuestros estudios. Cualquier sugestión que se nos comunique a este respecto sería vivamente agradecida a fin de que podamos contribuir en la medida de nuestras fuerzas a que este proyecto se vea pronto convertido en una realidad.

Nuevas revistas clásicas.—El mundo de las revistas clásicas se hace cada día más extenso y complicado, hasta el punto de que al estudioso se le hace difícil muchas veces seguir atentamente la marcha de las más importantes de entre ellas. En el próximo número pensamos dar una relación orientadora de las principales publicaciones; pero antes comenzaremos por presentar una lista de las que, en gran cantidad, han surgido en varios países desde el año 1939 hasta

hoy. A cada título acompañan el lugar de edición, fecha en que apareció el primer número y especialización de la revista, excepto en los casos en que se tratan indistintamente temas de cada una de las ramas de los estudios clásicos.

Alemania: *Antike und Abendland* (Hamburgo, 1945, Humanismo). *Beiträge zur Altertumskunde* (Berlín y Hannover, 1949, Divulgación). *Beiträge zur Namenforschung* (Heidelberg, 1949, Onomástica y Toponimia). *Historia* (Baden-Baden, 1950, Historia antigua). *Lexis* (Lahr, 1948, Lingüística). *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* (Wurzburgo. 1946).

Argentina: *Anales de Filología Clásica* (en los primeros números, *Anales del Instituto de Literaturas Clásicas;* Buenos Aires, 1939). *Revista de Estudios Clásicos* (Mendoza, 1944).

Austria: *Anzeiger für die Altertumswissenschaft* (Viena, 1948, Información, con reseñas y bibliografías sistemáticas). *Die Sprache* (Viena, 1949, Lingüística general).

Bélgica: *Erasmus. Speculum scientiarum* (Bruselas, 1947, Información bibliográfica, no sólo de estudios clásicos). *Onoma* (Lovaina, 1950, Onomástica y Toponmia). *Phoibos* (Bruselas, 1946, Información). *Scriptorium* (Amberes, 1946, Estudios sobre los manuscritos). *Studia Hellenistica* (Lovaina, 1942).

España: *Helmantica* (Salamanca, 1950). *Miscelánea Comillas. Humanidades* (Comillas, 1949). *Perficit* (Salamanca, 1942, Información).

Estados Unidos: *Archaeology* (Nueva York, 1948, Arqueología) *Byzantina Metabyzantina* (Nueva York, 1946, Griego medieval y moderno). *Journal of Juristic Papyrology* (Nueva York, 1946, Papirología). *Traditio* (Nueva York, 1943, Historia, Religión, Filosofía antigua y medieval). *Word* (Nueva York, 1945, Lingüística general).

Francia: *Bulletin of the Byzantine Institute* (París, 1946, Estudios bizantinos). *Lettres d'Humanité* (París, 1942, Humanismo). *Onomastica* (Lyon, 1947, Onomástica y Toponimia).

Grecia: Πλάτων (Atenas, 1949).

Holanda: *Lingua* (Haarlem, 1947, Lingüística general). *Vigiliae Christianae* (Amsterdam, 1947, Cristianismo primitivo).

Italia: *Acme* (Milán, 1948, Filosofía y Letras, no sólo de la Antigüedad). *Antiquitas* (Salerno, 1946). *Atti del Sodalizio Glottologico Milanese* (Milán, 1948, Lingüística). *Belfagor* (Florencia, Información, no sólo clásica). *Biblion* (Nápoles, 1946, Estudios sobre el libro). *Doxa* (Roma, 1948, Información sistemática sobre diversas ramas de los estudios clásicos). *Maia* (Roma, 1948). *Paideia* (Arona, 1946, Divulgación e información). *La Parola del Passato* (Nápoles, 1946).

Polonia: *Archeologia* (Wroclaw, 1947, Arqueología). *Meander* (Varsovia, 1946, Divulgación).

Portugal: *Humanitas* (Coimbra, 1947).

Rumania: *Revue des Études Byzantines* (antes *Études Byzantines*, y antes aún, *Échos d'Orient*; Bucarest, 1943, Estudios bizantinos).

Suecia y Dinamarca: *Studia linguistica* (Lund y Copenhague, 1947, Lingüística general).

Suiza: *Museum Helveticum* (Basilea, 1944). *Phoebus* (Basilea, 1946, Arte, no sólo clásico).

U. R. S. S.: *Vestnik Drevnej Istorii* (Moscú, 1939, Historia antigua).

No queremos dar fin a la lista —para la que nos han sido muy útiles la revista *Gnomon* y un informe de la señorita Ernst en el Congreso de Grenoble— sin referirnos a la reaparición de varias publicaciones alemanas, de las que damos también el volumen en que han reanudado su relación con los lectores:

Byzantinische Zeitschrift (Munich, 1949, XLIII, Estudios bizantinos). *Glotta* (Gotinga, 1948, XXXI, Lingüística). *Gnomon* (Munich, 1949, XXI, Información y reseñas). *Indogermanische Forschungen* (Berlín, 1948, LIX, Lenguas y culturas indoeuropeas). *Indogermanisches Jahrbuch* (Berlín, 1948, XXVII, Información bibliográfica sobre lenguas

y culturas indoeuropeas). *Philologus* (Wiesbaden, 1948, XCVII). *Rheinisches Museum für Philologie* (Francfort, 1949, XCIII).

INTERCAMBIO CULTURAL.—El X Pleno del C. S. I. C. nos trajo, entre la gran cantidad de sabios extranjeros que se unieron a sus trabajos y actos conmemorativos, a varios especialistas de nuestra rama: los profesores Bruno Snell, de la Universidad de Hamburgo, director del *Archiv für griechische Lexicographie* (nuevo organismo dedicado a preparar un futuro *Thesaurus Linguae Graecae* por medio de la edición de léxicos particulares, de entre los que aparecerán en primer lugar los de la antigua épica e Hipócrates); Wolfgang Kunkel, de la Universidad de Heidelberg, conocido investigador del Derecho romano, que representaba, como el anterior, al Deutscher Forschungsrat; Plinio Fraccaro, profesor de Historia Antigua y rector de la Universidad de Pavía; y Dag L. Norberg, latinista, de la de Estocolmo. Todos ellos estuvieron en íntima relación con sus colegas españoles, y el último dió una conferencia en la Universidad de Barcelona.

También han visitado nuestro país, durante el pasado verano, los profesores Ignazio Cazzaniga, helenista y latinista, de la Universidad de Milán, y Henri Henne, papirólogo, de la de Lille.

En la última primavera vino igualmente a España, invitado por el Instituto «Antonio de Nebrija» del C. S. I. C. y las Universidades de Barcelona, Madrid y Salamanca, el profesor Carlo Gallavotti, de la Universidad de Roma, bien conocido en los medios filológicos por sus meritísimas publicaciones y actividades docentes en los campos del griego y el latín, que dió varias conferencias con gran éxito en cada uno de los citados Centros: su viaje contribuirá, sin duda, a acrecer el intercambio cultural, tan necesario, entre los investigadores italianos y españoles.

Los alumnos de último curso de las Secciones de Filología Clásica de las Universidades de Barcelona y Salamanca han celebrado la terminación de sus carreras con sendos

viajes de estudios a Francia e Italia, respectivamente. Los primeros visitaron París y el SO. de la nación vecina; los salmantinos, Roma, Florencia, Bolonia y Génova. Unos y otros tuvieron ocasión de relacionarse con los medios intelectuales de ambos países.

CURSOS DE VERANO.—Entre las conferencias culturales del Curso de Verano organizado en Béjar por la Universidad de Salamanca, figuró una de don Antonio Tovar sobre «Los antiguos habitantes del Oeste peninsular».

En el curso de verano organizado en Puigcerdá por la Universidad de Barcelona y dirigido por don Mariano Bassols de Climent, pronunció una conferencia sobre el tema «Dos facetas de la figura de Sócrates» don Francisco Rodríguez Adrados.